

1. EL GOCE: DE LACAN A FREUD

1. EN EL PRINCIPIO...

Siento la tentación de comenzar con una fórmula gnómica:

Im Anfang war der Genuss (En el principio era el goce),

que, es claro, evocaría y se contrapondría al comienzo del Evangelio de San Juan:

Im Anfang war das Wort (En el principio era la palabra).

No me decido a hacerlo porque advierto que tal contraposición sería falsa. Entre goce y palabra, no puede decirse cuál es primero en la medida en que ambos se delimitan recíprocamente y se imbrican de un modo que la experiencia del psicoanálisis muestra como inextricable. Porque sólo hay goce en el ser que habla y porque habla. Y sólo hay palabra en relación con un goce que por ella es hecho posible a la vez que resulta coartado y desnaturalizado, según veremos. Es claro que la fórmula *Im Anfang war der Genuss* hubiera podido complacer al último Lacan, pero era imaginable para Goethe y su Fausto que del verbo (*Wort*) de San Juan pasaran a la fuerza, al sentido y, por fin, al acto: *En el principio era el acto*, un acto que es también, por fuerza, un efecto de la palabra y está en relación con el goce.

Una alternativa sería la de hacerlo equívoco buscando un símbolo que pareciera aceptable y escribir:

Im Anfang war die Freude (En el principio era la alegría),

un aforismo que subrayaría el aspecto bienaventurado y jubiloso que

acompaña al goce. Sin embargo, al escribir de tal modo mi tentativa fórmula gnómica comenzaría a confundir el goce con su significación corriente, inespecífica, tan distinta de la que le adjudicamos al considerarlo un concepto central del psicoanálisis contemporáneo.

Por cierto que, tratándose de psicoanálisis, la siguiente fórmula que inevitablemente surge en nosotros se oye como muy parecida a la anterior:

Im Anfang war Freud (En el principio era Freud).

Y, una vez pronunciada, hay que buscar el *Genuss*, el goce, en Freud, en un Freud para quien el goce nunca fue otra cosa que un vocablo de la lengua, que no hizo de él un concepto de su teoría.

La significación vulgar, la del diccionario, es una sombra de la que conviene distinguirse constantemente si se quiere precisar el vocablo como concepto psicoanalítico. En ese trabajo de discriminación uno nunca queda del todo conforme; las dos acepciones pasan siempre, imperceptiblemente, de la oposición a la vecindad. La vulgar convierte en sinónimos el goce y el placer. La psicoanalítica los enfrenta, y hace del goce ora un exceso intolerable del placer, ora una manifestación del cuerpo más próxima a la tensión extrema, al dolor y al sufrimiento. Y hay que optar: o la una o la otra.

Y heme aquí, dispuesto a eslabonar un discurso sobre el goce, una tarea imposible pues el goce, siendo del cuerpo y en el cuerpo, es del orden de lo inefable, a la vez que sólo por la palabra puede ser circunscrito, indicado. El goce es lo que se escurre del discurso, mas sin embargo ese objeto inefable es la sustancia misma de la que se habla a todo lo largo de un análisis y, trataré de mostrarlo, aquello de lo que habla siempre y desde siempre el discurso del psicoanálisis.

"*Goez*", en español, es un imperativo, una orden, una intimación que no podría confundirse con su precedente más arcaico en la lengua, el "*gozo*" que, por aquello de lo inefable, es imposible de decir como presente del indicativo de la primera persona del singular. Pues al decirlo se lo disuelve, como sucede con el impronunciable nombre de Dios.

"*Gocé*" en español, *der Genuss* en alemán, *la jouissance* en francés.

Jamás *enjoyment*. Gozarán los traductores al inglés buscando en su lengua la palabra justa. Atendiendo a la imposibilidad de nombrarlo y al origen lacaniano del concepto, muchos optan simplemente por el uso del francés: *jouissance*. "*Goez*" y "*jouissance*", que deriva del verbo latino *gaudere* (alegrarse), (*sich freuen, Freude*, ¡Freud!) y que reserva algunas sorpresas en la lengua corriente cuando se desdobla en sus acepciones según la autoridad, según la Real Academia Española:

Gozar. 1. Tener y poseer alguna cosa, como dignidad, mayorazgo o renta. // 2. Tener gusto, complacencia y alegría en alguna cosa. // 3. Conocer carnalmente a una mujer. // 4. Sentir placer, experimentar suaves y gratas emociones.

Es interesante que la dimensión objetiva de la primera acepción predomine sobre la dimensión subjetiva de la segunda y la cuarta, que el goce sea algo que se *tiene* más que algo que se *siente*. Y sorprende la tercera de las acepciones. No puede dudarse de lo involuntario del desenfado del académico al no excluir que sea "otra" mujer la que puede conocer carnalmente a "una" y tampoco puede dudarse de su pudor no exento de lacanismo en el uso del artículo indefinido "una" pues a las mujeres no puede accederse sino tratándolas una por una. El sexismo semántico imprime su sello inconcesado en esta acepción: gozar, sí, pero *de una mujer* en el conocimiento de la carne. Parecería que fuese inconcebible que se gozase *de un hombre*. Y, para ellas, sólo quedaría gozar "conociendo" a otra. No hay reciprocidad en el goce. Palabra de académico que el psicoanalista deberá pensar.

"Gozar", que deriva del latín *gaudere* y que tiene una herencia no reconocida en el muy castizo verbo "joder", un vocablo que tuvo que esperar a que el calendario marcase el año 1984 para que la Real Academia Española le diese cabida por primera vez en la trigésima edición de su diccionario y con una etimología que se antoja arbitraria pues lo hace descender del latín *fuluere* (formicar), del que indudablemente deriva la palabra francesa *fourre*. Un verbo que tuvo que esperar siglos para entrar en el diccionario hasta que fi-

nalmente lo consiguió aunque precedido por una advertencia insólita: "Voz muy masonante"¹ (¿alguna relación, aunque sea por oposición, con la afirmación lacaniana sobre el psicoanálisis como una "ética del bien decir"?). De todos modos el verbo "joder" no tendría mucho de qué quejarse pues, una vez admitido, irrumpe cargado desde un principio con cuatro acepciones muy ligadas al *gaudere* latino y a sus derivados en romance: *gozar* y *jouir*. Esas cuatro acepciones son, en síntesis, las siguientes: 1. Fornicar.² // 2. Molestar, estorbar. // 3. Arruinar, echar a perder // 4. Interfección que denota asombro o incredulidad.

Las vicinidades semánticas de "gozar" y "joder" podrían llevarnos a agregar a ese par el verbo "jugar", especialmente si consideramos la vecindad fonológica en francés entre *jouir* y *jouer*. No obstante, la investigación filológica nos enseña que palabras como "jugar" y "joda" no proceden del *gaudere* sino del *iocum*, que es una broma o una chanza, algo próximo al *Witz* freudiano, si nos colocamos en el plano del lenguaje y de sus artificios.

Podría pensarse también que este "jugar" da cuenta del "conjuguar", la operación gramatical que se realiza sobre el verbo, pero sólo lo para advertir al cabo que la "conjugación" no es juego sino subyugación, un someter a los verbos al tormento de un mismo yugo (*jugum* en latín). Jugar y conjuguar que remitián al célebre sentido antitético de las voces, ahora no primitivas, ahora derivadas, que interesarán en su momento al Freud paralingüista.

Valgan deslinde, semántica y etimología para introducir este vocablo "goce" que recibirá del psicoanálisis otro brío y otro brillo.

En psicoanálisis el goce entra atravesando el portón de su significación convencional. Así aparece, a veces en la escritura de Freud, a veces en el Lacan de los primeros tiempos, como sinónimo de una gran alegría, de placer extremo, de júbilo o de éxtasis.

Ocioso y pedestre sería hacer el relevamiento de las oportunidades en que Freud recurre a la palabra *Genuß*. Pero estaría bien recordar, independientemente de los vocablos usados, ciertos momentos capitales en que el goce, lacaniano ahora, es reconocido por Freud en el espacio de la clínica. Al respecto, no puede dejar de mencionarse la voluptuosa expresión que él advierte en el hom-

Southern - Mrs. Frank
FEB-04 17

bre de las ratas en el momento en que recuerda el relato de la tortura, un intenso placer que era desconocido por el paciente en el momento de llegar al colmo del horror evocativo. O el júbilo que Freud percibe en el rostro de su nietecito, cuando está empeñado en jugar con un objeto, el célebre carrito, de la misma manera en que el propio niño es jugado por la alternancia entre la presencia y la ausencia de la madre; juego del vaivén del ser que se reitera cuando hace entrar y salir su imagen del marco de un espejo. O el goce voluptuoso, infinito, que experimenta el presidente Schreiber, también ante el espejo, al constatar la transformación paulatina de su cuerpo en un cuerpo femenino.

El vocablo "goce" aparece en la enseñanza de Lacan afectado también por el uso convencional; no podía ser de otra manera. Así fue hasta un momento que puede precisarse con rigor cronológico. Hasta entonces encontramos al goce como equivalente al júbilo y al júbilo encontrando su paradigma en el reconocimiento en el espejo de la imagen unificada de sí mismo, del *moi* (*aha Erlebnis*). Luego llega el goce en el advenimiento al símbolo (*fort-da*) que permite un primer nivel de autonomía frente a los apremios de la vida.

Referencia al goce que es errática en los primeros años de una enseñanza, la de Lacan, que se centra en torno del deseo: la relación del deseo con el deseo del Otro y del reconocimiento recíproco, dialéctico, intersubjetivo de los deseos. Un deseo que ha trascendido los marcos de la necesidad y que sólo puede hacerse reconocer alienándose en el significante; en el Otro como lugar del código y de la Ley.

No es que el deseo esté desnaturalizado por la alienación y por tener que expresarse como demanda por medio de la palabra; no es que el deseo caiga bajo el yugo del significante o que éste lo desvíe o lo trastorne; no, es que el deseo sólo llega a ser deseo por la mediación del orden simbólico que lo constituye como tal. La palabra es esa maldición redentora sin la cual no habría sujeto, ni deseo, ni mundo. Tal es el eje de la enseñanza de Lacan durante unos pocos años, hasta finales de la década de los cincuenta. Los conceptos clave en ese período son: deseo, alienación y significante. Su discurso gira en torno de las vicisitudes del deseo, la refracción de es-

SOIS -> Clave = Deseo Significante
 Parábola -> Ali. Ombú
 NOT
 MARR
 de ES
 UCONOMIA
 JUBILO
 AVE
 Deseo
 Significante
 Ali. Ombú
 Parábola
 Ali. Ombú
 Deseo
 Significante

te en la demanda articulada, el deseo de reconocimiento y el reconocimiento del deseo, el acceso a la realidad que pasa por la imposición al sujeto de las condiciones impuestas por el Otro (el mundo, el orden simbólico que induce efectos imaginarios, la regulación de la satisfacción de las necesidades y el ajuste de las condiciones de esa satisfacción). Son las consecuencias ineludibles de ver la práctica analítica como molinete de palabras y de reconocer la función de la palabra en el campo del lenguaje.

No fueron pocos los discípulos y los lectores de Lacan que se quejaron en esta apreciación menos pática que patética de los conceptos. No fueron muchos, si es que alguno, los que advirtieron la sacudida del árbol conceptual del psicoanálisis que tuvo lugar en aquel hoy ya muy lejano día en que Lacan anunció que la originalidad de la condición del deseo del hombre se implicaba en otra dimensión diferente, en otro polo contrapuesto al deseo, que es el goce.

De inmediato nada pareció notarse. Fue muy lentamente como se hizo patente que el nuevo concepto replanteaba el estatus del psicoanálisis y obligaba a practicar un segundo retorno a Freud, a colocarse mas allá de la dialéctica del deseo en la empresa de subversión del sujeto, tanto del sujeto de la ciencia como del de la filosofía.

Nada había de arbitrariedad en Lacan al promover sorprendentemente la noción del goce a un lugar central de la reflexión analítica contraponiéndolo al deseo, su "otro polo". Por eso es necesario que el concepto de goce tenga que deslindarse en una doble oposición, por un lado, con respecto al deseo, y por otro, con respecto a lo que parece ser su sinónimo, el placer. Definir el goce como concepto es distinguirlo en su valor diacrítico, diferencial, en esa doble articulación, con el placer y con el deseo.

¿Mas, de dónde *la jouissance*? ¿Por qué recurre Lacan al término de "goce" y hace de él un concepto nuclear? No lo extrae del diccionario de la lengua donde se confunde con el placer, no lo encuentra en la obra de Freud, donde se liga al júbilo y a la voluptuosidad, aun la masoquista. Hemos de admitir que *la jouissance* llega a Lacan por un camino inesperado, que es el del derecho. Lacan se nutre con la filosofía del derecho de Hegel; es allí donde aparece el *Gesetz*, el goce, como algo que es "subjetivo", "particular", imposible

de compartir, inaccesible al entendimiento y opuesto al deseo que resulta de un reconocimiento recíproco de dos conciencias y que es "objetivo", "universal", sujeto a legislación. La oposición entre goce y deseo, central en Lacan, tiene pues una raigambre hegeliana. Lacan lee a Freud con un cuchillo afilado en la piedra de Hegel.

No se ha insistido suficientemente sobre este punto aun cuando Lacan lo indicara con claridad en las primeras lecciones del Seminario XX. Esta importación conceptual desde la teoría del derecho (prohibiciones) y de la moral (deberes) podría desarrollarse largamente con profusión de citas. Me contentaré simplemente con remitir al lector a los apartados 36 al 39 de su *Propedéutica filosófica* de 1810.³ Es entonces cuando el dialéctico toma partido contra el goce que es "accidental" y cuando se pronuncia en favor del olvido de uno mismo para orientarse hacia lo que él considera "esencial" de las obras humanas, aquello que remite e incumbe a los demás.

Desde este remoto origen se ve que la cuestión del goce como particular es a la vez una cuestión de ética. El psicoanálisis no puede ser indiferente ante esta oposición que enfrenta al cuerpo gozante con el deseo que pasa por la regulación del significante y de la ley. La filosofía y el derecho, en síntesis, el discurso del amo, privilegia la dimensión desiderativa. Hegel en el texto citado puede sostener: "Si digo que una cosa también me gusta, o si me remito a mi goce, sólo expreso que la cosa vale así para mí. Con ello he suprimido la relación posible con otros, que se basa en el entendimiento".

Goce que, en discurso del derecho remite a la noción de "usufructo", del disfrute de la cosa en tanto que es un objeto de apropiación. El discurso jurídico oculta que la apropiación es una expropiación pues algo sólo es "mío" en tanto que hay otros para quienes lo "mío" es ajeno. Solo puede gozarse legítimamente de aquello que se posee y para poseerlo plenamente es necesario que el otro renuncie a sus pretensiones sobre ese objeto. Aquí, de golpe, se encuentran y confluyen las teorías del derecho y del psicoanálisis. Desde un principio se plantea en ambas la cuestión fundamental de la primera propiedad de cada sujeto, su cuerpo, y las relaciones de este cuerpo con el cuerpo del otro tal como ellas están reglamentadas en un cierto discurso o vínculo social. Cuestión

Reglamentación de los cuerpos → cuerpos & pleasure & derecho
 de otros & otros
 "Mío" "Mío"

de la compra y la posesión del otro en el esclavismo, el feudalismo o el capitalismo, y también problemática psicoanalítica del objeto de la demanda, trátase tanto del objeto oral como del excrementicio. Lo central es el goce, el usufructo, la propiedad del objeto, la disputa en torno del goce del mismo y del goce mismo como objeto de litigio, la apropiación o expropiación del goce en la relación con el Otro. ¿Es mío mi cuerpo o está consagrado al goce del Otro, ese Otro del significativo y de la ley que me despoja de esta propiedad que sólo puede ser mía cuando consigo arrancarla de la ambición y del capricho del Otro?

El derecho muestra en esto su esencia: la regulación de las restricciones impuestas al goce de los cuerpos. Es, dicho de otra manera, el contrato social. ¿Qué es lícito hacer y hasta dónde se puede llegar con el cuerpo propio y con el de los demás? Asunto, como se ve, de las barreras al goce. Licitud y licencias.

Pero no es sólo la teoría del derecho. También la medicina y lo que el psicoanálisis descubre en ella actúan como fuente de inspiración para la promoción lacaniana del concepto de goce. Fue el 5 de marzo de 1958 cuando, en su seminario dedicado a "Las formaciones del inconsciente",⁴ Lacan propuso la mencionada bipolaridad del goce y el deseo. Pero fue en una ocasión bastante posterior, en 1966, disertando sobre el tema de "Psicoanálisis y medicina", cuando Lacan recordó la experiencia banal del médico obligado a constatar una y otra vez que bajo la apariencia de la demanda de curación se esconde a menudo un aferrarse a la enfermedad que derrota sin atenuantes a los instrumentos que la técnica pone en manos del médico. Que el cuerpo no es únicamente la sustancia extensa preconizada por Descartes en oposición a la sustancia pensante sino que "está hecho para gozar, gozar de sí mismo".⁵ Este goce —dice— es lo más evidente al mismo tiempo que lo más oculto en la relación que entablan el saber, la ciencia y la técnica con esa carne sufriente y hecha cuerpo que se pone en manos del médico para su manipulación. Allí está, a la vista de todos: el goce es la carta robada que el imbecil del prefecto de policía no puede encontrar en el cuerpo del paciente después de fotografiarlo, radiografiarlo, calibrarlo y diagnosticarlo hasta una escala molecular. El goce es lo viviente de una sus-

tancia que se hace oír a través del desgarramiento de sí mismo y de la puesta en jaque al saber que pretende dominarla.

La medicina surge, hay que recordar la lección de Canguilhem,⁶ como una reflexión acerca de la enfermedad y el sufrimiento doloroso de los cuerpos. La preocupación por la salud y por la fisiología son secundarias al interés por la patología. La medicina define su meta como el logro de un estado de bienestar, de adaptación y de equilibrio. No es difícil reconocer en ella el ideal freudiano inicial (médico, por cierto) del principio del placer, de la menor tensión, de la constancia y el equilibrio. La salud recibe de la medicina su clásica definición: "es el silencio de los órganos". Pero el silencio no es sino la ignorancia, la indiferencia del cuerpo y de sus partes ante el bullicio de la vida. "Gozar de buena salud" puede ser, así, una renuncia a la experiencia del goce en favor de las vivencias del placer, de lo que aleja y enajena al sujeto de la vida de su cuerpo como la propiedad de alguien, él mismo, que lo usufructúa. En la mencionada conferencia decía Lacan: "Lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta es siempre del orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña. Indiscutiblemente, hay goce en el nivel en que comienza a aparecer el dolor, y sabemos que es sólo en ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada".

El "goce de una buena salud" puede ser lo contrario del goce del cuerpo como experiencia vivida del mismo. La medicina se ve así dividida entre las metas del placer y el goce, y, por lo común, asume sin crítica la demanda que se le formula: la de poner barreras al goce, desconociéndolo como dimensión corporal de la subjetividad. Se puede aludir a la pregunta acerca de esta relación entre medicina y goce y el vínculo que ese no querer saber del médico tiene con el discurso del amo o se puede eludir. Prefero aludir a ella: otros podrán tratarla minuciosamente.⁷ No serán los primeros pero sí, tal vez, los más atinados. Al terminar su conferencia de 1966 Lacan definía su ambición: la de continuar y mantener con vida propia el descubrimiento de Freud convirtiéndose él mismo en un "misionero del médico". Era destacando esta idea del goce del

*Goce es lo viviente de 1
que aparece q' se hace q'ir de
a través del desgarramiento de
el mismo...*

*VERDAD
+
alcal
feudalismo
del
P.P.
TENSION
ANALISIS
CONSTANTE
VS
INVEST
GOCE
GOCE
por de
MORNING
FRANC
SARCAST
AN GOCE
Y DEBATE
LA*

Goce del cuerpo + placer del cuerpo
92

EL GOCE

cuerpo ubicado "más allá del principio del placer" como Lacan
asumió de modo radical su misión, contraria a la empresa univer-
sal de la productividad. El saber resiste a la noción del goce inher-
ente a los cuerpos, una idea que sólo puede plantearse desde el
"descubrimiento de Freud", de Freud en el sentido subjetivo del
"de", lo que Freud descubrió, y también en el sentido objetivo, lo
que Lacan descubrió al descubrir a Freud. Ese descubrimiento de
Freud tiene un nombre inequívoco: el inconsciente. Cabe pues la
pregunta: ¿por qué sólo a partir de la novedad aportada por Freud
es que puede plantearse la articulación del goce y el cuerpo?
Para responderla hay que hacer un segundo "retorno a Freud".

2. EL GOCE EN FREUD

Pues... *Im Anfang war Freud.*

En el comienzo estaba Freud plegado al discurso oficial de la me-
dicina, adherido a una concepción mecánica y fisiológica del siste-
ma nervioso como un aparato reflejo que recibía y descargaba las
excitaciones que le llegaban. El organismo tal como lo concibe el
primer Freud está regulado por vías nerviosas aferentes y eferen-
tes que aspiran a evitar la tensión y el dolor y a provocar estados
de distensión, de apaciguamiento, de diferencia energética mín-
ima, que se sienten subjetivamente como placer. Para ese Freud mé-
dico y neurólogo, escenario más que autor del descubrimiento del
inconsciente, las neurosis eran estados mórbidos que sobrevénian
tomando la forma del sufrimiento cuando el aparato no podía de-
sembarzarse de los incrementos de energía que lo trastornaban.
Recordemos esquemáticamente que el reconocía tres organizacio-
nes diferentes:⁸ un sistema ψ , para recibir las excitaciones y dar
cuenta de las modificaciones que se producían en el entorno; un
sistema ϕ , para equilibrar las cargas, para facilitar los caminos de
descarga, para acotar y aforar las excitaciones, y un sistema ω , para
registrar los sucesos como experiencia memorizada y ofrecer un ac-
ceso directo a la realidad.

Metapsicología 1895 = 3 organizaciones

EL GOCE: DE LACAN A FREUD

- ψ : APLICANTE - ENTENSO
- ϕ : ORGANIZA ORDENS - DESCARGAS - ψ Yo 93
- ω : MEMORIA - ELIMINAR

En esta primera exposición metapsicológica, la de 1895, el yo for-
ma parte del sistema ψ y ocupa un lugar decisivo en el proceso de-
fensivo al servicio del principio del placer-placer. Con este apa-
rato se presenta una primera versión del origen y funcionamiento
del inconsciente.

El paciente de la neurosis, el "enfermo", es un niño que ha vivi-
do pasivamente una seducción por parte de un adulto; la sexuali-
dad aparece primero en el Otro. Ese niño ha registrado (en ω) es-
ta irrupción de lo real sexual exterior. El recuerdo es una huella
que no puede integrarse en el sistema de representaciones (o de
"neuronas") que es el sistema del yo (ψ), porque su presencia pro-
voca un aumento tensional que no encuentra vías para su descar-
ga. En otras palabras, el recuerdo traumático es una suerte de cuer-
po extraño al yo, que amenaza el sistema en su conjunto. Para el
principio del placer, que pretende el equilibrio energético, este re-
cuerdo es inasimilable, no cabe en la memoria y, por ese motivo, es
separado del sistema reconocido de las representaciones. Es así co-
mo el recuerdo ha devenido traumático, a la vez herida y arma hi-
riente que no se puede tolerar; dolor y tortura de una memoria in-
concliable con el yo. El aparato neuronal —o el sujeto, si se quiere
arriesgar una premonición de lacanismo— se aparta horroizado
del recuerdo. Pero este distanciamiento, esta *repression*, lejos de ha-
cer desaparecer la evocación del trauma, la eterniza: imposible de
metabolizar y de digerir queda el recuerdo como un quiste incrus-
tado en la estructura psíquica. Ya no se lo puede atenuar, ya no se
lo puede esquivar con el razonamiento o con el olvido.

La paradoja es evidente: el principio del placer ha determinado
el ostracismo y el exilio del recuerdo traumático. Para protegerse
del placer, el aparato ha decretado la ignorancia de esa presen-
cia de un Otro lascivo y de su deseo que interviene sobre el cuerpo
de un niño, objeto indefenso del que se abusa para gozar. Sin em-
bargo, al escindirse como núcleo reprimido de representaciones in-
concliables con el yo, este réprobo del psiquismo, metamorfosa-
do en memoria inconsciente, se conserva para siempre, se hace
indestructible, atrae y liga con él las experiencias ulteriores y retor-
na, martillante, una y otra vez, en las que luego se llamarán "forma-

Proceso defensivo del placer - AL PUNTO DE SUPLIR

TRAMA ALTRUP CON EXT. RECORDAR

RECIBIR EN EL GOCE

AL TRAMA

REPRESSION

REPRESSION

REPRESSION

REPRESSION

Metapsicología 1895 = 3 organizaciones

EL GOCE: DE LACAN A FREUD

- ψ : APLICANTE - ENTENSO
- ϕ : ORGANIZA ORDENS - DESCARGAS - ψ Yo 93
- ω : MEMORIA - ELIMINAR

En esta primera exposición metapsicológica, la de 1895, el yo for-
ma parte del sistema ψ y ocupa un lugar decisivo en el proceso de-
fensivo al servicio del principio del placer-placer. Con este apa-
rato se presenta una primera versión del origen y funcionamiento
del inconsciente.

El paciente de la neurosis, el "enfermo", es un niño que ha vivi-
do pasivamente una seducción por parte de un adulto; la sexuali-
dad aparece primero en el Otro. Ese niño ha registrado (en ω) es-
ta irrupción de lo real sexual exterior. El recuerdo es una huella
que no puede integrarse en el sistema de representaciones (o de
"neuronas") que es el sistema del yo (ψ), porque su presencia pro-
voca un aumento tensional que no encuentra vías para su descar-
ga. En otras palabras, el recuerdo traumático es una suerte de cuer-
po extraño al yo, que amenaza el sistema en su conjunto. Para el
principio del placer, que pretende el equilibrio energético, este re-
cuerdo es inasimilable, no cabe en la memoria y, por ese motivo, es
separado del sistema reconocido de las representaciones. Es así co-
mo el recuerdo ha devenido traumático, a la vez herida y arma hi-
riente que no se puede tolerar; dolor y tortura de una memoria in-
concliable con el yo. El aparato neuronal —o el sujeto, si se quiere
arriesgar una premonición de lacanismo— se aparta horroizado
del recuerdo. Pero este distanciamiento, esta *repression*, lejos de ha-
cer desaparecer la evocación del trauma, la eterniza: imposible de
metabolizar y de digerir queda el recuerdo como un quiste incrus-
tado en la estructura psíquica. Ya no se lo puede atenuar, ya no se
lo puede esquivar con el razonamiento o con el olvido.

La paradoja es evidente: el principio del placer ha determinado
el ostracismo y el exilio del recuerdo traumático. Para protegerse
del placer, el aparato ha decretado la ignorancia de esa presen-
cia de un Otro lascivo y de su deseo que interviene sobre el cuerpo
de un niño, objeto indefenso del que se abusa para gozar. Sin em-
bargo, al escindirse como núcleo reprimido de representaciones in-
concliables con el yo, este réprobo del psiquismo, metamorfosa-
do en memoria inconsciente, se conserva para siempre, se hace
indestructible, atrae y liga con él las experiencias ulteriores y retor-
na, martillante, una y otra vez, en las que luego se llamarán "forma-

Proceso defensivo del placer - AL PUNTO DE SUPLIR

TRAMA ALTRUP CON EXT. RECORDAR

RECIBIR EN EL GOCE

AL TRAMA

REPRESSION

REPRESSION

REPRESSION

REPRESSION

ciones del inconsciente" de las cuales es el síntoma la más estrepitosa. Lacan insistirá en señalar que lo reprimido no existe más que por su retorno y que la represión es lo mismo que el retorno de lo reprimido. El principio económico del placer ha engendrado la persistencia onerosa y antieconómica de lo intolerable que vuelve y que lastima. El sujeto, el del inconsciente, se experimenta a sí mismo en la tortura de esta memoria recurrente que lo pone en escena como objeto de la lascivia del Otro.

El yo ha producido el efecto paradójico de aprisionar al enemigo peligroso, el desencadenante de reacciones imprevisibles si se lo deja en libertad. Para conservarlo en la cárcel debe vivir defendiéndose de su posible fuga, de una fuga que no deja de realizarse en cuanto se debilitan sus defensas. Queda sometido a su sometido, esclavo de su esclavizado. Ahora el agente traumatizante no es ya el Otro sino el recuerdo de la seducción que ataca —y siempre— desde adentro, desde su prisión. No hay escape posible. El sistema ha generado aquello de lo que en adelante tendrá que defenderse. Lo externo devino lo más íntimo, un interior inaccesible y amenazante.

Esta primera teoría de la etiología de las neurosis es el suelo natal del que el psicoanálisis nunca acabará de desprenderse. La teoría del goce allí incluida.

La seducción. El cuerpo del niño es la cosa indefensa presta al abuso. El objeto reclamado por y para el Otro. La seducción se hace presente con los primeros cuidados, con los modos en que se administra la satisfacción de las necesidades, con la regulación y la sujeción del cuerpo del niño a las exigencias y a los deseos inconscientes del Otro. Hay una razón de la que no puede haber razón, un enigma irresoluble. ¿Quién podría definir el lugar que el niño ocupa como objeto en el fantasma del Otro, en especial el Otro materno, que es el sujeto? ¿Quién podría saber lo que él mismo y desde que nace representa en el deseo del Otro? La seducción vectoriza y atrae y enajena el deseo del niño hacia el deseo de ese Otro que llama hacia sí (se-duce) a la vez que implanta defensas y emite prohibiciones que constituyen y rodean con alambradas de púas al objeto de un goce eventual. Descar es desear lo prohibido. La seducción originaria, esencial, no anecdótica, localiza el goce en el cuer-

po y, a la vez, lo prepara para su inmediata reprobación. El goce llega así a ser inaceptable, intolerable, inarticulable, indecible. En otras palabras: queda sometido a la castración. Se hace así sexual a la sexualidad y se la canaliza por las vías que Freud bautizó con el nombre de cierto rey de Tebas de suerte tan infauista como su memoria.

Parecía que seguíamos en el camino de Freud pero, sin apartarnos de sus formulaciones, lo hemos desviado en lo que hace a las consecuencias. El aparato psíquico que hemos reseñado no está gobernado por un principio soberano, el del displacer-placer, sino por dos principios contrapuestos. Para decirlo de modo esquemático: de un lado, el clásico principio del placer, regulador y homeostático (si nos atrevemos a usar una palabra que Freud nunca usó si es que llegó a conocerla); del otro lado, un principio que está más allá, llamémosle por ahora del goce, goce del cuerpo, que comanda un retorno incesante de excitaciones indomables, una fuerza constante que desequilibra, que sexualiza, que hace del sujeto un deseante y no una máquina refleja. No es lícito figurar así, goce mediante, al Aquenote del indeleble epígrafe de la *Traumdeutung*,⁹ la zarza ardiente donde moran las sombras irredentas que perturban por siempre el dormir de los vivientes. *Flactere si nequeo superbas, Acheronte movebo.*

La carne del *ingfans* es desde un principio un objeto para el goce, el deseo y el fantasma del Otro. El deberá llegar a representar se su lugar en el Otro, esto es, deberá constituirse como sujeto pasando, de modo inelucable, por los significantes que proceden de ese Otro seductor y gozante y, a la vez, inter-dictor del goce. El goce queda de este modo confinado, por esa intervención de la palabra, en un cuerpo silenciado, el cuerpo de las pulsiones y de la búsqueda compulsiva de un reencuentro siempre fallido con el objeto. Hablo del *Wunsch* freudiano, efecto de la experiencia de satisfacción. Hablo del deseo inconsciente y de su sujeto.

El sujeto, el que Lacan introduce en el psicoanálisis por haberlo oído hablar en él, se produce entonces como función de articulación, de bisagra, entre dos Otros, el Otro del sistema significante, del lenguaje y de la Ley, por un lado, y el Otro que es el cuerpo gozante, incapaz de encontrar un lugar en los intercambios simbólicos, apareciendo entre líneas de texto, supuesto.

SEDUCCIÓN ORIGINAL
LUCARZA NOLE EN
EL CUERPO

SOMATENOR
CASTRACION

APARATO
PSICUICO

1) RP
2) NOLE

CAÑON

BEI

MIRAFLOS

TRAMASMA

DEBES

REPRESENTACION

OTRO

1) Otro: SER-REPRESENTACION-LEY : 2
2) Otro: CUERPO GOZANTE : OTROS

OTRO
inter-dictor

ce. El goce, por tener que decirlo, es evocado, fallado, desplazado al campo de lo perdido, al otro polo: el del deseo.

Pero el inconsciente existe sólo en la medida en que se lo escuche.

Sólo si lo que se dice encuentra un buen entendedor, uno que no lo ahogue en la marejada del sentido, alguien que rescate su condición enigmática y habilite un posible gozar del desciframiento. Así, el inconsciente depende de la formación del analista. El goce, supuesto previo, será el efecto y el producto de la acción interpretativa que produce la buena suerte, la feliz enhorabuena de un saber gayo.

Toda la teoría freudiana sobre los sueños y su interpretación es revocada por Lacan a partir de sus conferencias por radio de junio de 1970,¹³ donde los procesos del inconsciente son puestos en relación con el goce. Y luego, poco después, en el Seminario 20,¹⁴ precisará su planteo al establecer que, si bien el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no es menos claro que el inconsciente depende del goce y es un aparato que sirve a la conversión del goce en discurso. No creo que sea injusto buscar allí el sentido del apoteagma freudiano clásico: "el sueño es el cumplimiento de un deseo". El cumplimiento del deseo (*Erfüllung*) es su llenado, por lo tanto, su desaparición como deseo, como falta en ser, como escisión en el sujeto. Por eso puede decirse que el sueño es alucinación del goce y también defensa frente a éste (en resumen, formación de compromiso) pues topa con lo imposible de representar y de decir. Es sabido que el proceso de interpretación del sueño encuentra un límite en el contacto con la satisfacción desnuda del deseo que él debe figurar; ése es el momento del despertar y de la angustia. La angustia es el afecto que se interpone entre el deseo y el goce, entre el sujeto y la Cosa.

Es sabido que la interpretación del sueño conduce a un enigma no interpretable; el punto donde el sueño arraiga en lo no cognoscible, en un inaccesible lugar para siempre en sombras. Freud¹⁵ reconoce y bautiza este punto con el nombre de "ombiligo" del sueño; él es, vale generalizar, el ombiligo de todas las formaciones del inconsciente. Todas ellas pueden comprenderse como eflorescencias, como hongos que se elevan desde un micelio que está más allá de las posibilidades del decir: S (A). Faltan las palabras para simbolizar esto que por las palabras mismas llega a producirse como lo imposible, lo real, el goce.

No sería empeño vano el de releer a la luz de esta clave toda *La interpretación de los sueños*, mostrando la relación que hay entre la *Entstellung* (distorsión) operada por el trabajo del sueño como primer desciframiento del goce y el trabajo interpretativo del analista. Por ese camino se desembocaría en el capítulo 7 y se descubriría en la concepción del aparato psíquico la maquinaria que convierte el goce en un discurso que lo evoca y que es la única vía que permite abordarlo. Razón por la cual el sueño es el camino real que conduce... a lo imposible, a ese imposible descifrado y hecho irreconocible por el trabajo del inconsciente.

El inconsciente en su telar, urdiendo los sueños, permite seguir durmiendo. Es el guardián del reposo. Si el sueño es formación de compromiso al servicio del principio del placer, lo es por su naturaleza bifronte. Descifra el goce, lo palabra, vigilando a la vez que su mon. ante no rebasa ciertos límites de seguridad, tratando de colocar el flujo de las representaciones oníricas en el centro de ese "ladrillo de seguridad" por donde deben volar los aviones para evitar la perturbación del encuentro con otros objetos voladores. Puede recordarse que el primer Lacan (en la conferencia del 6 de julio de 1953 sobre lo imaginario, lo real y lo simbólico), mientras preparaba su discurso de Roma, sostenía que la lectura de "La interpretación de los sueños" mostraba que soñar era imaginarizar el símbolo mientras que interpretar el sueño era simbolizar la imagen. Y ello bien pudiera ser así pero al precio de desatender el resto, el significativo de lo indecible con que se tropieza al querer simbolizar la imagen [S (A)] y el de lo *irrepresentable* cuando se trata de imaginarizar el símbolo. ¿Qué quedaría afuera? Lo no especular, el objeto @* que, como causa del deseo (*plus-de-go-*

* El lector puede sorprenderse al encontrar esta grafía para referirse a lo que Lacan consideraba su invento más importante. El comenzó por utilizar la e en cursivas para indicar que se trataba de un objeto imaginario. El uso habitual como la letra a minúscula se presta a confusiones en distintos contextos con la preposición "a" en español o con la conjugación del verbo "tener" (*il, elle a*) en francés. Si Lacan hubiese dispuesto de nuestros actuales dispositivos de escritura es más que posible que hubiese acogido este signo (e) con entusiasmo: es una pura letra, sin valor fonemático, una escritura carente de toda significación, el matema por excelencia. Habría que decir que @ es @-fónico. Quisiera que este uso de la letra @ en el texto que sigue pudiese llegar a ser de uso universal en nuestra algebra lacaniana. En el lenguaje hablado, de todos modos, habrá que seguir pronunciando la primera letra del alfabeco, de la misma manera que decimos "cero" o "uno" para matemáticas que sólo pueden resultar lastimados por el habla.

ANALISIS
COMO
PRE-TO
PROCESO
EN EL
GOCE
INTELECTUAL
INTERPRETACION
GOCE
EN UN
DISCURSO
GOCE
EN UN
DISCURSO

SUEÑO
DE LACAN
GOCE
SUEÑO
DE LACAN
GOCE
SUEÑO
DE LACAN
GOCE

ce), es precisamente el micelio sobre el cual se eleva el hongo del sueño como discurso y también el discurso como sueño, asiento y soporte de un primer desciframiento del goce. Así entendemos, con Lacan, la micótica metáfora de Freud. El sueño, champiñón del goce.

¿Desplazamiento? Sí; desplazar, transponer. Ése es el trabajo del inconsciente. Un maldito (*sacré*) desplazamiento. ¿Y el de Lacan? *Enstellung*, re-flexión de Freud a partir del goce. Segundo retorno.

También nosotros tendremos que retornar.

La *Psicopatología de la vida cotidiana*¹⁶ ilustra, tomando el discurso como un sueño, la presencia de este ciframiento y desciframiento del goce. El sujeto trastornado, subvertido por la emergencia de un saber inesperado (*lapsus*) o por la falta de un significante que trae asociaciones perturbadoras (olvido de nombres propios, el inolvidable Signorelli) o por una acción que falla a la hipocresía del yo. El sujeto queda descolocado y avergonzado. La tensión (*unessiness*) del cuerpo confiesa el goce que se escapó por los resquicios de la función intencional de la palabra que consistía en mantenerlo escindido y desconocido. El sujeto del lapsus es el sujeto "embarazado" que manifiesta su embarazo al no saber ya quién es él mismo porque el Otro étimo se ha expresado. La verdad atrapa a la mentira en la equivocación y el yo se revela en ese momento como función de desconocimiento, de protección frente al exceso. La palabra, normalmente, tiene la misión de impedir que esas fugas (cotidianas y psico-patológicas) se repitan. Misión imposible.

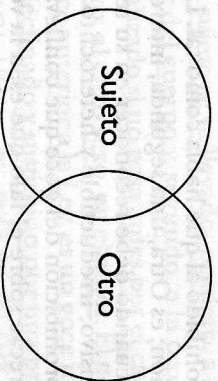
Se sabe que Freud trabajaba en 1905 sobre dos mesas. En una escribía *El chiste y su relación con el inconsciente*¹⁷ en la otra, los *Tres ensayos de teoría sexual*¹⁸ ¿Quién ha señalado que las dos obras hacen una? Los freudólogos se preocupan aun por descubrir cuál de los dos se terminó o se publicó primero sin advertir la hermandad solidaria entre los dos posíguos, dos posíguos que son el cuerpo de lo simbólico y lo simbólico del cuerpo. El chiste y la sexualidad, el andamiento de la palabra y el goce, se revelan en uno y otro texto. Del lado del *Witz*, el afecto, la alegría, la explosión jocunda de la cargada, la excitación del recuerdo del chiste escuchado o relatado, la risa como objeto de intercambio, la demanda que va implícita al relatar un chiste: "Dame tu risa", la sacudida corporal que es provo-

cada por la salida insólita y sorprendente de una palabra extraña al discurso. Todas son expresiones de una sexualidad que se desliza y patina en el pavimento del significante. El cuerpo es un efecto hecho en la carne por la palabra que lo habita; es el cuerpo constituído por los intercambios y por las respuestas recíprocas a las demandas. La sexualidad —es la tesis de 1905— tiene una genealogía y esa genealogía es la de la dialéctica de la demanda y el deseo entre el sujeto y el Otro. El sujeto es esa función de articulación entre el cuerpo y el Otro, el cuerpo como Otro y el Otro como cuerpo. El afecto es un efecto de la incorporación de la estructura y de la incorporación del sujeto a la estructura. Ése es el chiste.

Que la palabra tome cuerpo, que el cuerpo tome la palabra. El goce se descifra en la risa que está más allá del sentido. Si la explicación mata al chiste es porque lo traslada desde el sentido, donde se lo goza, al sentido, donde su existencia es ya de placer. El goce desconcierta, el placer concierta, calma. Toca a los psicoanalistas sacar la lección y decidir adónde apuntarán con su intervención: ¿al sentido que hace placer o al goce que revela el ser?

¿La sexualidad ¿endógena o exógena? La pulsión ¿un hecho natural o un efecto de los intercambios? El goce ¿emanando del sujeto o del Otro?

Las topologías bilaterales, diádicas, opositivas, no pueden sino extraviar. El imperio de la banda de Moebius y su desconcertante continuidad es aquí absoluto. La sexualidad no afecta al cuerpo desde dentro de él mismo o desde el afuera del goce perverso del Otro, sino que es el litoral de unión-desunión del sujeto y del Otro. Si se pudiesen dibujar el sujeto y el Otro como dos círculos eulerianos, habría que tener el cuidado de no hacerlos con dos trazos cerrados sobre sí mismos,

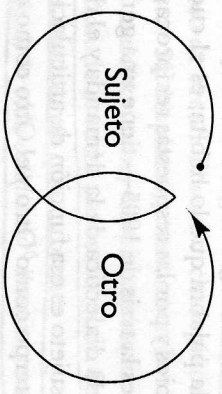


Handwritten notes: SUEÑO, GOCES, CHISTE, Y, CHISTE Y SU RELACION CON EL INCONSCIENTE, EN LA OTRA, LOS TRES ENSAYOS DE TEORIA SEXUAL, QUE SE SEÑALÓ QUE LAS DOS OBRAS HACEN UNA?, LOS FREUDOLOGOS SE PREOCUPAN AUN POR DESCUBRIR CUAL DE LOS DOS SE TERMINÓ O SE PUBLICÓ PRIMERO SIN ADVERTIR LA HERMANDAD SOLIDARIA ENTRE LOS DOS POSIGUOS, DOS POSIGUOS QUE SON EL CUERPO DE LO SIMBOLICO Y LO SIMBOLICO DEL CUERPO. EL CHISTE Y LA SEXUALIDAD, EL ANDAMIENTO DE LA PALABRA Y EL GOCE, SE REVELAN EN UNO Y OTRO TEXTO. DEL LADO DEL WITZ, EL AFECTO, LA ALEGRÍA, LA EXPLOSIÓN JOCUNDA DE LA CARGADA, LA EXCITACIÓN DEL RECUERDO DEL CHISTE ESCUCHADO O RELATADO, LA RISA COMO OBJETO DE INTERCAMBIO, LA DEMANDA QUE VA IMPLÍCITA AL RELATAR UN CHISTE: "DAME TU RISA", LA SACUDIDA CORPORAL QUE ES PROVO-

Handwritten notes: EL GOCE, DE LACAN A FREUD, EL CUERPO, EXPRESIONES DE UNA SEXUALIDAD QUE SE DESLIZA Y PATINA EN EL PAVIMENTO DEL SIGNIFICANTE, EL CUERPO ES UN EFECTO HECHO EN LA CARNE POR LA PALABRA QUE LO HABITA; ES EL CUERPO CONSTITUIDO POR LOS INTERCAMBIOS Y POR LAS RESPUESTAS RECÍPROCAS A LAS DEMANDAS. LA SEXUALIDAD —ES LA TESIS DE 1905— TIENE UNA GENEALOGÍA Y ESA GENEALOGÍA ES LA DE LA DIALÉCTICA DE LA DEMANDA Y EL DESEO ENTRE EL SUJETO Y EL OTRO. EL SUJETO ES ESA FUNCIÓN DE ARTICULACIÓN ENTRE EL CUERPO Y EL OTRO, EL CUERPO COMO OTRO Y EL OTRO COMO CUERPO. EL AFECTO ES UN EFECTO DE LA INCORPORACIÓN DE LA ESTRUCTURA Y DE LA INCORPORACIÓN DEL SUJETO A LA ESTRUCTURA. ÉSE ES EL CHISTE. QUE LA PALABRA TOMA CUERPO, QUE EL CUERPO TOMA LA PALABRA. EL GOCE SE DESCIFRA EN LA RISA QUE ESTÁ MÁS ALLÁ DEL SENTIDO. SI LA EXPLICACIÓN MATA AL CHISTE ES PORQUE LO TRASLADA DESDE EL SENTIDO, DONDE SE LO GOZA, AL SENTIDO, DONDE SU EXISTENCIA ES YA DE PLACER. EL GOCE DESCONCIERTA, EL PLACER CONCIERTE, CALMA. TOCA A LOS PSICOANALISTAS SACAR LA LECCIÓN Y DECIDIR ADÓNDE APUNTARÁN CON SU INTERVENCIÓN: ¿AL SENTIDO QUE HACE PLACER O AL GOCE QUE REVELA EL SER? ¿LA SEXUALIDAD ¿ENDÓGENA O EXÓGENA? LA PULSIÓN ¿UN HECHO NATURAL O UN EFECTO DE LOS INTERCAMBIOS? EL GOCE ¿EMANANDO DEL SUJETO O DEL OTRO?

Handwritten notes: GOCES, CHISTE Y SEXUALIDAD, GOCES, EL CUERPO, EXPRESIONES DE UNA SEXUALIDAD QUE SE DESLIZA Y PATINA EN EL PAVIMENTO DEL SIGNIFICANTE, EL CUERPO ES UN EFECTO HECHO EN LA CARNE POR LA PALABRA QUE LO HABITA; ES EL CUERPO CONSTITUIDO POR LOS INTERCAMBIOS Y POR LAS RESPUESTAS RECÍPROCAS A LAS DEMANDAS. LA SEXUALIDAD —ES LA TESIS DE 1905— TIENE UNA GENEALOGÍA Y ESA GENEALOGÍA ES LA DE LA DIALÉCTICA DE LA DEMANDA Y EL DESEO ENTRE EL SUJETO Y EL OTRO. EL SUJETO ES ESA FUNCIÓN DE ARTICULACIÓN ENTRE EL CUERPO Y EL OTRO, EL CUERPO COMO OTRO Y EL OTRO COMO CUERPO. EL AFECTO ES UN EFECTO DE LA INCORPORACIÓN DE LA ESTRUCTURA Y DE LA INCORPORACIÓN DEL SUJETO A LA ESTRUCTURA. ÉSE ES EL CHISTE. QUE LA PALABRA TOMA CUERPO, QUE EL CUERPO TOMA LA PALABRA. EL GOCE SE DESCIFRA EN LA RISA QUE ESTÁ MÁS ALLÁ DEL SENTIDO. SI LA EXPLICACIÓN MATA AL CHISTE ES PORQUE LO TRASLADA DESDE EL SENTIDO, DONDE SE LO GOZA, AL SENTIDO, DONDE SU EXISTENCIA ES YA DE PLACER. EL GOCE DESCONCIERTA, EL PLACER CONCIERTE, CALMA. TOCA A LOS PSICOANALISTAS SACAR LA LECCIÓN Y DECIDIR ADÓNDE APUNTARÁN CON SU INTERVENCIÓN: ¿AL SENTIDO QUE HACE PLACER O AL GOCE QUE REVELA EL SER? ¿LA SEXUALIDAD ¿ENDÓGENA O EXÓGENA? LA PULSIÓN ¿UN HECHO NATURAL O UN EFECTO DE LOS INTERCAMBIOS? EL GOCE ¿EMANANDO DEL SUJETO O DEL OTRO?

sino con un trazo tan continuo como el del borde mismo de la banda de Moebius:



donde la mínima discontinuidad impuesta al arranque del vector no es más que un artificio necesario a la representación intuitiva, ya que ninguna discontinuidad puede marcarse en lo real entre una y Otra sexualidad. La sexualidad, la pulsión, el goce. Del Uno y del Otro. De un afuera que es adentro y de un adentro que está afuera.

El principio del placer revela así su esencia. Es el modo de contener y refrenar, por medio de una instancia interpuesta —el yo—, el goce. Su operación no depende de la Ley. Es una barrera que Lacan llama "casi natural".¹⁹ Su funcionamiento es comparable al de los fusibles en la instalación eléctrica. La Ley, Ley aquí con mayúsculas, se agrega secundariamente y hace de esta tacha casi natural un sujeto tachado. El placer es un dispositivo buil-in, incorporado desde el principio, una función del orden vital, incoherente pero ineludible. A él se agregará, en un momento lógicamente posterior, una prohibición externa, más allá de toda impugnación: es la Ley. Lacan escribe "Ley del placer" y "Ley del deseo". Es de hacer notar el uso de las minúsculas y las mayúsculas que remiten al orden de la naturaleza unas y al registro simbólico las otras. La ley del placer es el fundamento, orgánico diríamos, de la Ley.

El goce está prohibido al que habla como tal. La Ley es fundada por esta prohibición; es Otra, una segunda, interdicción. Es la que Freud encuentra cuando debe reconocer en su teoría y en la clínica el carácter decisivo, irreductible y heteróclito del complejo de castración. Es la prohibición del goce que conlleva una marca y un sacrificio: el que recae sobre el falo que es, a la vez, el símbolo de

esa prohibición. La Ley hace entrar, así, a la ley del placer en el orden simbólico. La Ley del deseo.

Todo este adelanto con respecto a la teoría lacaniana del goce viene a cuento aquí, en medio de este repaso de la obra de Freud en la perspectiva de un segundo retorno a ella para resignificarla en torno del concepto de goce, en la medida en que, como es sabido, el complejo de castración es el punto culminante de la teoría de la sexualidad en la obra de Freud. En efecto, los tres ensayos de 1905 no culminan sino en 1923 con el artículo "La organización genital infantil"²⁰ que preanuncia los decisivos agregados que hizo en la edición de 1924 a los tres ensayos, a la reescritura de la psicopatología psicoanalítica en 1926 con *Inhibición, síntoma y angustia* y a la nueva teoría de las perversiones, auténtico final de los *Tres ensayos de teoría sexual*, que es el artículo "Fetichismo"²¹ de 1927.

Habría oportunidad de volver sobre la relación entre goce y castración. Podría decirse que tal es la oposición fundamental en la clínica lacaniana a la vez que el eje sobre el que se articula la dirección de la cura analítica. Lo interesante, por el momento, es indicar cómo la teoría freudiana de la sexualidad debe entenderse a partir del complejo de castración. E ir adelantando, desde ya, esta relación de las dos leyes: la ley del placer y la Ley de la castración o del deseo. La segunda es la que se encarna —se incorpora mejor que se encarna— en el sujeto a través de lo que Freud descubrió antes que el complejo de castración, esto es, el complejo de Edipo. Se incorpora puesto que hace de la carne cuerpo, desaloja el goce de esa carne, lo tacha, lo prohíbe, lo desplaza, lo promete. El sujeto debe renunciar al goce a cambio de una promesa de otro goce que es el propio de los sujetos de la Ley. Por las vías —ambas señaladas por Freud, ambas impugnadas justificadamente por Lacan— de la angustia de castración masculina y de la envidia femenina del pene, el sujeto se ve llevado, primero, a la localización del goce en un lugar del cuerpo y, segundo, a la prohibición del acceso a ese goce localizado si no pasa antes por el campo de la demanda dirigida al Otro, al Otro sexo, en el amor. El goce originario, goce de la Cosa, goce anterior a la Ley, es un goce interdicto, maldito, que deberá ser declinado y sustituido por una promesa de goce fá-

Ley placer + castración = entrada al orden simbólico
Ley de deseo

1er \$ LOCALIZA LUGAR DEL GOCE EN SU CUERPO
2do PROHIBE ACCESO A ESE GOCE → GOCE DEBIDA/DE LA COSA
3er DEJUNA Y SUBSTITUYE Y GOCE SÍMBOLO

lico que es consecutiva a la aceptación de la castración. "Sólo te es lícito procurar aquello que has perdido".

El goce fálico es posible a partir de la inclusión del sujeto como súbdito de la Ley en el registro simbólico, como sujeto de la palabra que está sometido a las leyes del lenguaje. El goce sexual se hace así goce permitido por las vías de lo simbólico.

El freudiano complejo de Edipo encuentra así su lugar como bisagra de articulación entre dos goces diferentes.

La Ley, que separa del goce de la madre y pone al nombre-del-Padre en ese lugar, ordena desear; el deseo encuentra su posibilidad de realización a través del sesgo del amor — que será un tema para tratar en la perspectiva del goce (capítulo 8) —, del amor como sentimiento encargado de suplir la inexistencia de la relación sexual y de reportar el goce al que se debió renunciar.

En la obra de Freud, los Tres ensayos de teoría sexual encuentran su continuación lógica en los trabajos sobre la psicología de la vida amorosa, tres también, y en ese texto capital sobre el amor que, de modo en apariencia paradójico, se llama "Introducción del narcisismo".

Es como clínico de la historia amorosa de sus sujetos que Freud encuentra las tendencias disociativas en la vida sexual de los hombres, esas tendencias que los llevan a bifurcar en sí mismos la ternura y la sensualidad y a escindir el objeto amoroso entre la madre y la prostituta, asegurando así su insatisfacción y huyendo sin parar de la una a la otra. De allí que, ya en 1913, Freud enunciase en su texto "Sobre la degradación de la vida erótica" (op. cit.) que hay algo implícito en la pulsión sexual misma que conspira contra su total satisfacción. Finalmente, en su tercer artículo sobre la vida amorosa, "El tabú de la virginidad" (id.), Freud llega a distinguir en la vida sexual el carácter inhibitor del goce que tiene el fantasma del goce del Otro, de las mujeres en este caso, y planteará con nitidez que los deseos se engendran recíprocamente (aunque la fórmula de que el deseo es el deseo del Otro no sea suya), mientras que los goces del uno y del otro (sexo) se instauran en un plano de oposición y concurrencia.

La vida amorosa no es, pues, en ningún momento de la obra de Freud, una promesa de bienaventuranza y de complementariedad.

PLACER TIEMPO

Esto resulta claro como el día cuando se lee la mencionada "Introducción del narcisismo". A través del amor el sujeto intenta recuperar el estado de absoluta felicidad de que supuestamente disponía cuando era *His Majesty, the Baby* y era comisionado para suplir lo que faltaba en el Otro. Primer tiempo del edipo, más bien identificación con el falo que "narcisismo originario" como allí se le llama. "Debe (el bebé) cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres".

Para ello cuenta con el amor hacia sí mismo, reflejo del amor que le dispensa el Otro. La investidura sin límites que recibe su propia imagen especular será modelo, yo ideal, que habrá de perderse y que se buscará recuperar a través de la obediencia a los dictados del Otro, constituyéndose así el ideal del yo. El amor del yo idealizado pasa por la relación amorosa con un otro que se elige siempre según el modelo narcisístico. La otra, la llamada elección de objeto por apuntalamiento o anafórica, no es sino una variación de la elección narcisística en tanto que las figuras de la predilección amorosa, la madre nutricia y el padre protector, no son sino los sustentos necesarios para ese yo del narcisismo. Las otras cuatro formas de elección del objeto del amor (que no es, por cierto, el objeto del deseo) que Freud distingue son, clara y confesadamente, narcisistas. Del goce al deseo, del deseo al amor, y el amor, por su parte, recayendo sobre un objeto al que se desplaza la imagen de sí mismo. No; no hay nada que hacer, la relación sexual no existe.

Pero el yo es, desde el principio de la obra de Freud, desde el Proyecto (Entwurf) de 1895, una instancia de protección y de desviación de las cargas de tensión para hacerlas inocuas y así limitar la tensión sexual, es decir, el goce, que se despierta en el organismo cuando se orienta hacia la experiencia originaria y mítica de la satisfacción. La función del yo es regulada por el principio del placer, tiende a la igualación de las cargas, a la homeostasis, a la evitación del displacer, al menor esfuerzo. Su objetivo es el de servir económicamente al organismo como un todo y lo cumple poniendo límites a la tensión que en el propio organismo se engendra. El goce, para Lacan, es lo que no sirve para nada. En Freud, no sólo no sirve sino que amenaza y contraría el principio del displacer-placer. El modelo freudiano del goce es el que encontramos, me parece, vol-

de la castración
HACE PASAR
PLACER
DE LA
PARABRA
SOMERNO
A LEYES
DE LENGUAJE
Beu. Lengua
GOCE
SEXUAL
PERMISIVO
X VÍA
SIMBÓLICO
C.F.
DISAGRA
ACTIVADA
2 GOSES
LEY SEPARA
GOCE DE
LA MADRE
Y PINE
A N.P.
EN SU LUGAR
LEY GOCE
Y RESULTA
RETRAYE
A TRAVÉS
DE AMOR

PLACER
TIEMPO

IDEAL
DEL YO
NARCISISMO
Y
DE AMOR
PLACER

FX
DE
YO
NS
GOCE

MONS (A)

pronta de un norte invariable para la brújula del deseo. El deseo (Wunsch) es el movimiento subjetivo de reanimación constante del recuerdo de esta vivencia fundamental. Todas sus aventuras y desventuras ulteriores serán comparadas con el presunto Paraíso de la experiencia de satisfacción que no es más que una invención re-activa. Tras exponer, en tercera persona, su elucubración sobre la vivencia de satisfacción, Freud salta a la primera persona del singular. Cito: "Yo no dudo de que esta animación del deseo ha de producir inicialmente el mismo efecto que la percepción, a saber, una alucinación. Si a raíz de ella se introduce la acción re-activa, es infaltable el desengaño".²⁸

Vivencia de satisfacción-deseo-reanimación del pasado como alucinación-comparación de lo que hay con lo que hubo ("acción re-activa") desengaño. Infaltable. Lo que no falta es la falta al comparar lo que tenemos con la experiencia mítica, mágica, fantástica, paradisiaca, perfecta, de lo que tuvimos y perdimos. Lo que no puede faltar es el desengaño. Esto es lo que hay en el comienzo. Del psicoanálisis.

Así sucede. Las percepciones de las cosas no armonizan con el recuerdo fundamental. No del todo; "sólo en parte". Una parte del complejo de representaciones, un "ingrediente", permanece idéntico, mientras que un segundo ingrediente varía. El objeto de la percepción se descompone: satisface el deseo y no lo satisface. "Después el lenguaje creará para esta descomposición el término juicio".²⁹ Así, el ingrediente constante será nombrado como la cosa del mundo (das Ding) y el elemento inconstante será su actividad o propiedad, "su predicado".

No sólo las motivaciones morales sino que el pensamiento todo, "el juzgar", surgen de esta marca decisiva del Otro en el futuro sujeto, de esta representación inicial de la Cosa que condena al ser a vivir en el desengaño. Y no podría haber desengaño si no hay, antes, el engaño.

Sólo hay, para el ser en el mundo, semejanzas, disparidades, desencuentros, desvíos, discursos. La coincidencia de lo esperado con lo encontrado pone término al acto de pensar; el organismo se descarga, se vacía. La discordancia, por el contrario, proporciona

el envío para el trabajo de pensar. Para discernir, en la percepción presente, la distancia respecto de la representación de das Ding, ausente. Si se produce un afortunado encuentro con el objeto, no queda ocasión alguna para el acto de pensar. Son los sectores en disidencia los que "despiertan el interés".³⁰

Se vive por el Otro, por el prójimo, por el Nebenmensch. Pero éste no es sólo el salvador. Es, a la vez, "el único poder auxiliador y el primer objeto hostil. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir... Y así el complejo del prójimo se escinde en dos componentes, uno de los cuales se impone por una ensambadura constante, se mantiene reunido como una Ding (Cosa) mientras que el otro (componente) es comprendido por un trabajo mnémico... y da origen, por el camino juicioso del establecimiento de diferencias, a la representación del cuerpo propio".

Tal vez quepa que pida disculpas por este repaso del primer Freud que nadie me pidió. Y que me disculpe diciendo que nada de lo aquí escrito responde a la solicitud de nadie y que tan sólo pretendo ubicar al lector en los orígenes de das Ding, de la Cosa freudiana, para que podamos adentrarnos en los vericuetos del goce lacaniano. O que siga con el desarrollo. Será mejor.

En el principio... Im Anfang war das Ding, pero cuando está la Cosa no hay sujeto que pueda juzgar sobre ella. Después de perdida la Cosa (y el goce está del lado de la Cosa, así como el deseo está del lado del Otro)³¹ después de establecida una disparidad insalvable con el objeto, puede llegar a haber un sujeto. En la huella, en la estela de la Cosa. El objeto, perdido, es la causa del sujeto. De uno que no es ya el Uno, de uno que se cuenta y que piensa y tiene motivaciones éticas a partir de que no puede subsistir sin ese Otro al que apela con su grito, primero, y con su palabra articulada, después.

Das Ding es lo que queda en el sujeto como huella de lo que ya nunca habrá. La "descarga" quedó vedada, se vivirá en el desengaño, habrá que pensar, que discernir, que establecer la diferencia entre las cosas, todas, y la Cosa, emperatriz intangible de la vida antimica, objeto absoluto.

Freud no se quedó en el establecimiento del punto de partida. Se aproximó también, diez días después (los que van del 25 de sep-

EL PROCESO PSICANALITICO
X 1/2 PROCESOS UNIVOCOS -> EL PROCESO = PERCEPCION
24/04/00 DEL
MEMORIA
HISTORIA EL GOCE

tiembre al 5 de octubre de 1895), a las consecuencias, es decir, al pasaje de este mito del origen a "los procesos psíquicos normales". Procesos normales que son posibilitados por las "asociaciones lingüísticas", que permiten "el pensar observador, consciente". ¿Cómo? Porque estos "signos de descarga lingüística... equiparan los procesos de pensar a los procesos perceptivos, les prestan una realidad objetiva y posibilitan su memoria".³²

Se ve con claridad que, en Freud, los procesos de pensar no tienen en sí "realidad objetiva" sino que ella les es prestada por los signos lingüísticos que equiparan pensamiento y percepción y los hacen así memorables, históricos (Signos = Zeichen. En el capítulo 4, dedicado al desciframiento del goce, sacaremos provecho de la terminología freudiana.)

La realidad objetiva del pensamiento procede de los fraguados (Bahnungen) lingüísticos. Este desciframiento, este trasvasamiento del ser por el embudo del lenguaje, no tiene su origen en el lenguaje mismo, en un proceso de aprendizaje o de imitación de la palabra, sino en la experiencia de dolor, en el contacto con "objetos-percepciones que lo hacen gritar a uno porque excitan dolor y cobra enorme sustantividad que esta asociación de un sonido [...], ponga de relieve este objeto como hostil y sirva para guiar la atención sobre la [imagen-] percepción. Toda vez que ante el dolor no se reciben buenos signos de cualidad del objeto, la noticia del propio gritar sirve como característica del objeto. Entonces, esta asociación es un medio para hacer conscientes, y objetos de la atención, los recuerdos excitados del displacer. Ha sido creada la primera clase de recuerdos conscientes. De aquí a inventar el lenguaje no hay mucha distancia" [...]. Así hemos averiguado que lo característico del proceso del pensar discerniente es que en él la atención está vuelta de antemano hacia los signos de la descarga del pensar, los signos de lenguaje".³³

¿Qué ha quedado de das Ding para el sujeto en ciernes? Nada. No la representación, no el recuerdo. Tan sólo la desesperación por su ausencia. El grito pelado. El fundamento del ser yace en esta diferencia entre las representaciones posibles y la Cosa que desapareció para siempre dejando la impronta del desencuentro y de la disparidad sobre las experiencias de la realidad, de una realidad

Y REPRESENTACIONES
OTRO DEL LENGUAJE
DETERMINA "RECUERDO"
RECUERDO ESPECIFICO ≠ AUTOMATICO

EL GOCE: DE LACAN A FREUD

NECESSARY DEL SER AL LENGUAJE
LA CAUSA DE DESINTERIO DE
LA COSA = "LA COSA ES ABSENTE"
DE LO REAL QUE PARECE DEL
SIGNIFICANTE"

que depende de y, a la vez, no es otra que el Otro del lenguaje, de ese lenguaje en el que habrá que trasvasar las desazones, que establecer las diferencias. Habrá que alienarse.

La incorporación del ser al lenguaje es la causa de un destierro definitivo e irreversible con respecto a la Cosa. Y la Cosa, en la definición que propone Lacan cuando retoma y comenta a Freud en el seminario sobre la ética en el psicoanálisis, es "aquello de lo real que padece del significante".³⁴ Así como se diría de alguien "que padece de catarro", que "padece del síntoma". Hemos de volver sobre esta definición.

La palabra es la estela que corre tras la nave, el surco que no puede alcanzar al arado que lo causa. Pero del arado y de la nave es imposible saber si no es por las huellas que dejan a su paso. La tierra y el mar, el cuerpo, en una palabra, lleva sobre sí la inscripción de lo irrecuperable. La palabra se graba en la carne y hace de esa carne un cuerpo que es simbolizado en los intercambios con el Otro. Hablar, pensar, pasar por los significantes de la Ley: tales son los efectos de la falta del objeto que toma así el lugar de la Causa (Ding). Somos todos naufragos rescatados del goce que perdimos al entrar en el lenguaje.

La consecuencia es el discernimiento, la distinción lenguajera de la pluralidad y variedad de los objetos del mundo. El sujeto nace y se integra a la realidad consensual y compartida a partir de su exilio de la Cosa, esa Cosa que crea el silencio o el caos como lo que había antes. La patria es un efecto del exilio y de la nostalgia.

Es así como se constituye el goce que Lacan elabora a partir de la "mitopsicología" freudiana. En el principio era el Goce pero de ese goce no se sabe sino a partir de que se lo ha perdido. Porque está perdido es. Y porque el goce es lo real, lo imposible, es que se lo busca por los creadores caminos de la repetición. La palabra, pro-cedente del Otro, tendrá que ser el pharmakon, remedio y veneno (cf. Derrida, La diseminación³⁵), instrumento ambivalente que separa y devuelve al goce pero marcándolo siempre con un minus, con una pérdida que es la diferencia insalvable entre el significante y el referente, entre la palabra y las cosas.

MINUS
SEPARA Y DEVUELVE
PRACER O' EN LAS
EN LAS
EN LAS
EN LAS

[El goce de la Cosa está perdido, el goce sólo será posible atravesando el campo de las palabras. Pero será otro goce: fallido y evocador, nostálgico.]

Hemos de seguir con Freud y dar con él el salto irreversible que

+ AÚA lleva de los *Amytangen* al *Jenseits*, de los comienzos al más allá, al más allá del principio del placer, pisando el terreno ya abonado por lo que significó el descubrimiento del inconsciente y sus formaciones como modos de tratar el goce, de desplazarlo y de palabrearlo. Puntito quizá propicio para que pr oponga un nuevo aforismo: *el inconsciente es un trabajo cuya materia prima es goce y su producto es discurso.*

El inconsciente no sería nada sin la teoría sexual. Y viceversa. Y el inconsciente (que, se sabe, no es de Freud sino de Lacan) y la sexualidad que, como teoría, da cuenta del vaciamiento del goce del cuerpo y su pasaje a la articulación significativa de la que resultan el sujeto y el objeto que es la causa de su deseo. Temas que dejo indicados aquí antes de retomarlos en el capítulo siguiente.

Freud tuvo inconvenientes para reconocer desde un principio esta fuente perturbadora que asalta al aparato desde adentro y que no aspira a la ensoñación ni a la retracción. El naturalismo lo llevó después a concebirla como una "energía" y a darle el nombre de "libido", palabra de la lengua latina que sólo alcanza su plena significación cuando se tiene en cuenta que *Liebe* es, en alemán, el nombre del amor.

Fue con este término ambiguo de "libido" que Freud incluyó el goce (naturalizado, cuantificado de modo metafórico) en su teoría. Sus historiales clínicos, su concepción de la "elección de la neurosis", sus postulados genéticos sobre los desplazamientos de la libido por distintas zonas del cuerpo para acabar en la "primacia genital" que, para él, lo es del falo porque sólo hay un genital, el masculino, y sólo una libido, la ligada al órgano viril tanto en el niño como en la niña, son modos todos de concebir el goce y de pres-

tarle una andadura teórica compatible con el conjunto de la documentación y de la clínica. Así resulta la clínica psicoanalítica como una historia de los vagabundeos del goce, de sus "figuraciones", de sus "regresiones", de su transformación en síntomas, de su "introversión"

HAUT
BRU
POCT

sobre fantasmas, esas formaciones imaginarias que rempazan a la acción en el exterior y que son "reservas naturales" del goce] En el fantasma el goce es asubjetivo, se manifiesta en síntomas, en represiones histéricas, en formaciones reactivas obsesivas, en distanciamientos y precauciones fóbicas, en invasiones irrefrenables que determinan la ruptura psicótica con la realidad exterior, en coagulationes que se escenifican en la perversión. También la teoría de la cura se impregna con esta errancia de la libido sobre los objetos exteriores: es así como se confiere un privilegio selectivo a la figura del psicoanalista. La teoría del goce resulta ser el fundamento inconfesado de la transferencia que es a la vez resistencia y motor de la cura, imán que atrae la libido y abismo insondable del que ella habrá de despejarse para que un final del análisis sea posible. En síntesis, la teoría de la libido es la teoría del goce. Todo esto es muy sucinto pero "que se recurra (a Freud) y se lo verá"³⁶ como dijo Lacan en otra ocasión sobre la que retornaremos.

El sujeto nace por estar exiliado de la Cosa, del goce no simbolizado, y se orienta hacia un "primado genital" que no es otra cosa que la primacia del significante, teniendo ese significante como fundamento al falo, soporte de todos los procesos de significación.

A tal punto que decir "La significación del falo" es una redundancia pues no hay otra, según comentaba Lacan,³⁷ ironizando acerca del título de uno de sus "escritos".³⁸ De la Cosa al falo, es decir, a la castración: ése es el sentido de la ruta freudiana que acaba dando el lugar central en la psicopatología al complejo de castración y a sus vicisitudes. El complejo reorganiza por retroacción todo lo sucedido antes de establecerse la primacia fálica. El proceso de la subjetivación puede entenderse como una sucesión de migraciones, exilios y vaciamientos del goce. La sexualidad pasa así por "fases" que avanzan signando esta larga jornada que lleva de lo real anterior y exterior a la simbolización (la Cosa de los comienzos), a lo real que resalta como saldo imposible después de la simbolización y que se pretende aprehender con las pinzas de la palabra pero que se escurre y, es más, se produce como efecto de discurso por la palabra misma, el objeto @, el huidizo *plus de goce*.

Por todo esto es que la sexualidad humana, con todas sus mul-

Plus de goce @
SMEDAR

iformes manifestaciones, es más ella, en sí misma, una sublimación que aquello que es sublimado. Sublimar es sexualizar y no, sexualidad es simbolización del goce que es así des-naturalizado, humanizado, apalabrado en la relación de la mujer y del hombre con sus cuerpos y con el cuerpo del Otro. Es allí donde se le presenta a Freud la ardua cuestión de la heterogeneidad de los goces, enigma que lo lleva a la sucesión de escritos en los que trata de dar cuenta de la asimetría de los goces masculino y femenino a partir de la asimetría que el complejo de castración (atravesado por ambos) determina con relación al falo. Cuestión de la heterogeneidad de los goces que ocupará a Lacan en su esfuerzo por responder a la pregunta freudiana: ¿Qué quiere una mujer? Ya mencioné que la observación más precaria de la vida amorosa, lo elemental de lo que se escucha en un análisis, alcanza para mostrar que los seres humanos, los *hablantes*, no están gobernados por el principio del placer. Freud no podía dejar de constatarlo. Y si el amor no puede entenderse sin tomar en cuenta ese fatal destino de tener que inscribirse como goce, menos aún puede consagrarse al principio del placer la otra actividad que parece su contrapartida: la guerra.³⁹ Las observaciones sobre la guerra y la muerte de los años de la primera guerra mundial convergen con las observaciones sobre la vida amorosa. El artículo dedicado al tabú de la virginidad⁴⁰ (1919) concreta la conclusión de que los goces no confluyen sino que rivalizan entre sí. Un año antes ya había observado y asentado que el deseo femenino no estaba orientado hacia el hombre sino hacia el pene y que el órgano podía ser sustituido simbólicamente por el hijo.⁴¹ El hombre era allí, para ella, un apéndice necesario pero, en última instancia, prescindible. Mientras tanto, el hombre, por su parte, no podía tampoco satisfacer sino más bien insatisfacer su aspiración sexual con una mujer que es apenas un reemplazo (*Ersatz*) de la madre interdicta.

4. MÁS ALLÁ DEL PLACER

Es necesario conservar la memoria de todos estos antecedentes para comprender el trabajo de Freud a comienzos del año 1919, una época en la que podría decirse que no trabaja sobre dos mesas sino sobre tres y que lo lleva a una reformulación conceptual que implica un nuevo comienzo para el psicoanálisis. En efecto, aunque *Más allá del principio del placer*⁴² ve la luz en 1920, su redacción data de los meses de marzo a mayo de 1919, mes que vio también la redacción segunda y definitiva del artículo "Lo ominoso" (*Das Unheimliche*).⁴³ A su vez, la terminación de "Pegan a un niño"⁴⁴ tuvo lugar en marzo de 1919. Nunca se destacó lo suficiente, ni siquiera por parte de Freud mismo, la diáfana unidad de los tres textos y la luz que ellos, como conjunto, arrojan sobre (y reciben de) el concepto de goce.

¿A comenzar por lo ominoso: ¿por qué adheriría el proceso cultural a esas creaciones con carácter de siniestras y por qué tendrían las representaciones de lo horroroso la pregnancia que tienen sobre el imaginario de los hombres si el principio del placer gobernase como soberano? ¿Por qué reincidiría el sujeto en pesadillas que lo muestran acosado, sin salida, condenado a ser el objeto de sevicias y crueldades? ¿Por qué apegar a las anticipaciones de la muerte y el holocausto, a las premoniciones del fracaso, a las fantasmas de la vergüenza, a los estragos y desgarros de la culpa, a las posesiones demoníacas, a las invasiones de lo horrendo impensable, inexpressable? ¿Cuál es la necesidad o la conveniencia de crear hidras y dragones, incubos y súcubos, infernos y suplicios?]

Es posible que una primera respuesta ponga en juego a la conciencia "que nos hace culpables", al pago debido por el placer que se tuvo o se fantaseó, a la presencia en cada uno de esa instancia develada por Freud en esos mismos años, el superyó.⁴⁵ No es mera coincidencia; no. La primera respuesta que se nos ocurre rebota de inmediato como pregunta: ¿Y por qué, en un organismo supuestamente regido por el principio del placer, el superyó? Es bien claro que el superyó no se compadece en la búsqueda de una menor tensión sino que instala en el individuo una eficiente maquinaria para

PLACER
Y LA
CURA
S. YACAR

PLACER
Y LA
CURA
S. YACAR

no dormirse en los brazos del placer y para exigir la retaliación por todo crimen cometido aunque fuese más con el pensamiento que con la acción. A tal punto que no faltó el psicoanalista (Bergler) que sugiriese que está regido por un "principio de tortura".

El superyó es la instancia que vigila y sanciona las transgresiones, es el código legal y penal, es la fuerza jurídica y policial que ordena dentro de cada uno el suplicio. En la gráfica imagen freudiana (a la que no podríamos asignarle un estatuto ontológico) comanda la tranquilidad, exige satisfacciones que no son las de las necesidades ni las de las demandas y marca al deseo como peligroso e incolmable. Esgrimiendo la amenaza de castración en los hombres y la del abandono amoroso en las mujeres perpetúa sus imperativos de sacrificio, de deuda impagable, de posesión subyugante ejercida por el Otro. Su exhortación incesante no es sino la que se expresa con una sola palabra: "¡Goce!" ahora como imperativo del verbo que confluye con la significación homofónica del sustantivo. Con más confianza, nos tutearía, ordenándonos: "¡Goza!" (*foaisi*).

Con él, gracias a él, el erotismo se tiñe de culpabilidad y la culpa se erotiza, el amor se liga a la transgresión, el placer entra en la caja registradora de las deudas, el pecado se hace goce, la conciencia conoce el goce oral de los re-mordimientos, las llamas del infierno echan su sombra sobre la carne inflamable de todos nosotros; seres privados de la relación sexual. [El superyó commuta el placer en goce y sostiene el goce para que no se extinga con los derrames de la satisfacción alcanzada] De allí también su característica subrayada por Freud, relativizada por Lacan en el seminario sobre la ética, de ser tanto más apremiante cuanto mayores son las ofensas que recibe.

El fascinado respaldo a lo siniestro u ominoso por la vigilia constante del superyó es prueba de un masoquismo primordial que dobla, siempre, al principio del placer. Sabidas son las pruebas que Freud aporta en el tiempo de su giro de los años veinte. La compulsión de repetición, descubierta años antes en la transferencia analítica, que nos muestra a los hablantes como seres carentes de inteligencia, de esa inteligencia que gobierna al reino animal, la que nos lleva a tropezar dos veces con la misma piedra para, después del segundo tropiezo, ir a buscarla por tercera vez para que nos conteste a

Al 80

la pregunta de por qué chocamos con ella en las dos oportunidades anteriores y a no darnos por satisfechos hasta habernos deslomado para quitar la piedra del camino y estar habilitados así para tropezar con la siguiente. Que lo diga Sísifo, que lo cuente Prometeo, que lo expliquen las Danaides y los mártires y los científicos.

En el mismo sentido abunda la imposibilidad de apartarse del recuerdo traumático, del accidente, de la humillación, de la evocación dolorosa que nos ataca desde adentro. O el juego de los niños que convoca los fantasmas de ser abandonado (*fort-da*), de ser devorado, envenenado, seducido, golpeado, vigilado, perseguido, acosado, torturado, vilipendiado, castigado. 46

O la experiencia comprobada una y otra vez en el análisis de la reacción terapéutica negativa en la que el sujeto no es digno del alivio de su sufrimiento sino que insiste en sostenerlo al punto de preferir abandonar el análisis antes que permitir su curación. Aman a sus delirios, aman a sus síntomas, más que a sí mismos y testimonian en su carne el infauso imperativo del goce. La defensa es defensa del sufrimiento y la técnica psicoanalítica es torpe si no toma al goce, en vez del placer, como punto de partida en el abordaje de cada caso.

El superyó marca al sujeto con un mandamiento de goce. Pero ese imperativo es también un llamado: "no estás al servicio de ti mismo sino que te debes a algo superior a ti que es tu causa, tu Causa. La existencia te es prestada y debes rendir cuentas por ella aunque no la hayas pedido, debes ofender tu libra de carne a un Dios inclemente". Lo que re-liga a los sujetos es esta noción de la culpa de existir que se apagaría con la adoración y la gratitud a Aquél que nos hizo sus deudores, a quien se instituyó como acreedor. El principio del sacrificio es el fundamento y no el efecto de las religiones. Y el goce es consustancial al sacrificio. En su ofrenda es el sujeto quien se ofrenda, se somete al yugo que lo instala en la comunidad, que lo incluye dentro del vínculo social haciéndolo partícipe del clan (*socius*).

Es sabido que para Lacan, a diferencia de Freud, la castración no es una amenaza sino que, por el contrario, es salvadora. La amenaza verdadera, la terrible, es que la castración llegue a faltar. La clínica muestra una y otra vez que la falla en la función del padre que es la de incluir al sujeto en el orden simbólico es la causa de un lla-

LACAN
ESTRA
ES
SAVIN
Y
AMEN
SI
FACTO

SYO
NEDEL
AL \$
V
MARTIN
QUE
GOCE
A
\$ AL
SERVIN
DE SD
"C" AUSE

CÚMICA = FALLA EN FX → JUANITO = FORTIT ES FUERA PAORZ IDAR
DEL PAORZ
QUE CONUYA LA FALLA

48 FX = INTRODUCIR SIMBOLOS
X Y CASIVAY = SUPERA AL NIÑO DEL EL GOCE
Y DIST O MADRE

mado desesperado, patético, a la intervención castradora que separa al niño del goce y del deseo de la Madre. Es entonces cuando el síntoma viene a suplir el defecto apuntado. Es la iluminadora lectura lacaniana, no freudiana, del caso de Juanito. Nada tenía que temer el niño de ese padre domesticado que tan fácilmente dejaba al hijo su lugar en el lecho junto a la madre. El caballo no es el simbolo o el equivalente del padre real sino la figura del Padre Ideal que es llamado para corregir la falla paterna.

Igualmente, el fantasma de "pegan a un niño"⁴⁷ está centrado en torno del segundo tiempo de éste, el que cae bajo la represión, que es el de la fórmula "mi padre me pega". Allí el látigo no anula al sujeto sino que lo llama a la ex-sistencia, lo marca como pecador, lo desaloja del goce mortífero de la madre. Es un instrumento que funciona como un significante (S_1) y deja como saldo al sujeto (S) que habrá de dar cuenta de sus actos en el mundo del lenguaje, por medio de la palabra. Si la fusta produce dolor es porque el Otro pide ese dolor como prenda de reparación y redención, porque el Otro pide ese estremecimiento de la carne magullada, ese llanto y esa pro-mesa de sumisión. Es la prueba de que "tú a alguien le importas". Si el nacimiento del hermano, ese hermano al que se hace flagelar en el primer tiempo del fantasma, ese hermano que era el "contacto-neum" de la mirada envenenada observada por San Agustín, amenazaba al sujeto con la extinción, con su desaparición del campo del Otro, la fustigación del segundo tiempo del fantasma no sólo castiga el anhelo sádico expresado en el primer tiempo, sino que devuelve a la existencia y se carga á cuenta de la deuda de vivir.⁴⁸

Ya mencioné el seminario del 5 de marzo de 1958 en el que Lacan enunció la relación y la oposición entre el deseo y el goce como fundamental para comprender lo que sucede en la experiencia psicoanalítica. Ese día se escribió el protocolo del nacimiento del innovador concepto de goce. En el seminario precedente, del 12 de febrero de 1958,⁴⁹ señalaba Lacan que los azotes arrojan al sujeto de la omnipotencia y lo lanzan a la existencia. El niño, así, golpeado, no es ni todo ni nada. Los latigazos se dan, implican un don de significante que devuelve a la ex-sistencia alienada, no en el Uno sino en el Otro. Hacerse golpear es un modo de ratificar el deseo

del Otro que ha sido puesto en duda por la aparición del rival. Esto es de constatación frecuente en los niños politramatizados, en los niños que deben sobreponerse a la hostilidad mortífera de sus madres, en tantas víctimas golpeadas, en tantos accidentes y manifestaciones de un destino inflexible y atroz. El látigo produce la abolición pero también la constitución del sujeto en su división; sus mataduras llaman a la vida. El fantasma de la flagelación está más allá del principio del placer; cierto; es goce, ciertamente; pero es también el principio de una seguridad, la de ser un objeto que cuenta en el deseo del Otro. "Por que te quiero te aporroo" es la significación latente de los fantasmas de Job que aseguran al sujeto un lugar en el discurso del amo y lo llaman ora a la resignación, ora a la rebelión. También sucede así en el goce crístico en el que se invierte la deuda y adopta la forma de la invocación "Mi Señor, mi Señor, ¿por qué me has abandonado?". Así, existir es existir para la Ley, ser sujetos de ella, asegurarse de que los seres humanos están todos bajo la férula y reciben su ser junto con la marca del deseo del Otro. De este modo es como históricamente se ha presentado y se ha justificado el discurso del amo.

Todos estos argumentos reunidos decidieron a Freud a postular la existencia de una pulsión fundamental, la de muerte, de la cual las pulsiones de vida son desviaciones, ramificaciones, que pasan por la imagen narcisística del yo. La pulsión de muerte es la pulsión, a secas. El psicoanálisis recomienza en los años veinte cuando las explicaciones naturalistas son cuestionadas. Los intentos del propio Freud de preservarlas bajo el manto de una "mitobiología" son burdos y hacen resaltar, por contraste, aquello de lo que se trata. Esto sucede al mismo tiempo que Freud se ve forzado a abandonar el proyecto de construir una metapsicología fundada en el principio del placer. La interrupción de la serie de artículos metapsicológicos de Freud al cabo de los cinco primeros⁵⁰ no tiene otra causa que la que se lee como su auténtica continuación en *Más allá del principio del placer*. Adelantando sobre capítulos ulteriores, tengo que decir desde ya que la existencia humana no apunta a la distensión sino a la inscripción histórica, historizada, del padecer subjetivo. La clínica muestra hasta el hartazgo esta vocación de la palabra para

Paralela Busca hacerse
 EL GOCE
 50
 SIGNO
 ESCRITURA
 SIMPLICITATE
 QUE EL OTRO
 RECONOZCA
 EL GOCE

hacerse reconocer como signo, como escritura, por medio de las
 desgracias, de los azotes de la vida, de las exigencias de que el Otro
 reconozca el pasaje significativo del sujeto, de las puestas a prueba
 del agruante y la tolerancia de ese Otro, de los estramientos cons-
 tantes y al máximo de laminita libidinal.

En todo esto —y lo que digo no es la opinión compartida por to-
 dos los lacanianos— salta a la vista un rasgo particular del goce. El go-
 ce es dialéctico aunque de un modo que se distingue de la dialéctica
 del deseo. En primer lugar debemos entender que la referencia dia-
 léctica en Lacan no es hegeliana, pues, en Lacan, no podría recono-
 cerse un momento final de síntesis al que se llegaría por alguna "as-
 tucia de la razón". En efecto, creo que no puede sostenerse que la
 dimensión del deseo sería, en sí, dialéctica mientras que la del goce
 no lo sería. Tal es la posición que sostuvo J.-A. Miller⁵¹ en su semina-
 rio del 2 de mayo de 1984: "El concepto mismo de goce es un concep-
 to fundamentalmente no dialéctico con relación al deseo". En esa cla-
 se, el heredero de Lacan desarrolló, con particular agudeza, la idea
 de que la enseñanza de Lacan habría adoptado una línea contraria a
 la dialéctica a partir, precisamente, de su texto de 1960: "Subversión
 del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". Tal po-
 sición de Miller es congruente, por otra parte, con la sostenida en su
 conferencia "Teoría de los goces"⁵² en donde sostenía que puede de-
 cirse sin ambages que el deseo es el deseo del Otro pero no puede
 postularse que el goce sea el goce del Otro. En esto hay que convenir.
 Por cierto que el goce de uno no se confunde con el "goce del Otro".
 Sin embargo, no por evitar esa confusión, deja el goce de estar ligado
 a la dimensión del Otro y a la dialéctica del sujeto con él. Menos aún
 podría coincidir con Miller cuando, ese mismo día de 1984, afirmó
 que el progreso que va en la enseñanza de Lacan de 1960 a 1964, de
 "Subversión del sujeto" a "Posición del inconsciente", consiste en la
 eliminación de la referencia dialéctica.

Lo discutible de ese aserto de Miller se comprueba al seguir el hi-
 lo del Seminario de Lacan, particularmente cuando se llega a "La lo-
 gica del fantasma" y muy específicamente a la lección del 31 de ma-
 yo de 1967.⁵³ Ese día Lacan recordó que fue Hegel quien introdujo
 la noción de goce y ello a partir de la contradicción entre el goce del

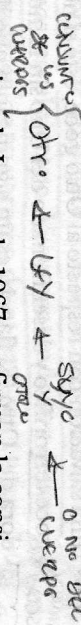
Hegel introduce noción de goce
 a partir de contradicción X NO-ESCRIBO

EL GOCE: DE LACAN A FREUD

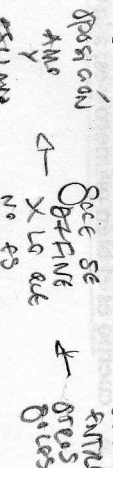
amo y el goce del esclavo, entre el ocio de uno y el goce de la cosa
 del otro "no sólo en tanto que esa cosa él la aporta al amo sino en
 cuanto la transforma para hacerla aceptable". Lacan incluyó esta re-
 ferencia preciosa para entender la naturaleza dialéctica del goce:

Edipo no sabía de qué gozaba él. Yo he planteado la pregunta de si
 Yocasta lo sabía e, incluso, por qué no, de si una buena parte de su go-
 ce no residía en dejar a Edipo ignorarlo... ¿qué parte del goce de Yo-
 casta corresponde a que ella deje a Edipo en la ignorancia? Es en es-
 te nivel que, gracias a Freud, se plantean de aquí en más las preguntas
 serias con respecto a la verdad. [...]

Lo que Hegel vislumbra es que en el origen la posición del amo es
 de renuncia al goce, la posibilidad de comprometerlo todo alrededor
 de esta disposición o no del cuerpo, no solamente del suyo propio, sino
 también del cuerpo del otro. Y el Otro, a partir del momento en que la lu-
 cha social introduce el que las relaciones entre los cuerpos estén do-
 minadas por lo que se llama la ley, el Otro, es el conjunto de los cuerpos [el
 destacado es mío].



En síntesis, estas breves citas de Lacan de 1967 confirman la consi-
 deración del goce en una referencia dialéctica aunque esa dialéctica,
 lacanianamente y no hegeliana, no conduce a ninguna síntesis. En ella se
 trata de lo particular pero de un particular que sólo aparece como tal en
 la medida en que es un apartamiento con relación a lo universal.
 El goce, sí, es del Uno pero de ese Uno no hay percatación posible si
 no es a partir del enfrentamiento con el Otro y con la división insta-
 lada en el Otro entre su deseo y su goce. Más aún, hay un goce que
 depende de la ignorancia del Otro, que se extrae, tal como en Yocasta,
 de saber que el Otro no sabe. Y esa es la dialéctica, opositiva, diver-
 gente, de los goces. Los goces no se definen en sí, se definen diacríti-
 camente, por diferencia, con respecto a lo que no es ese goce.
 Oposición de los goces entre el amo y el esclavo, entre el goce mascu-
 lino y el femenino, entre el privado y el privado, entre el que sabe y
 el que ignora, entre una raza y otra. ¿Por qué no plantear entonces, tal
 como hemos aprendido a hacerlo respecto del significante, que el va-
 lor del goce no tiene otra sustancia que una diferencia con relación
 a lo que este goce presente no es?



"LOGICA DEL FANTASMA"
 HEGEL INTRODUCE CONTRADICCIÓN
 ENTRE GOCE DEL AMO Y
 GOCE DEL ESCLAVO → ESCLAVO HACE
 TRANSFORMA

Lo que no es
Sigue es deseo 7

Hay más que decir en torno de esta oposición binaria planteada por Lacan entre el goce y el deseo. El deseo de reconocimiento (del deseo), noción clave en el primer Lacan, conlleva la lucha dialéctica con el deseo del Otro y, por lo tanto, el goce de la batalla, de la guerra por hacer reconocer el propio deseo frente al deseo-no-deseo del Otro. (Deseo-no-deseo en tanto que el deseo del Otro es un deseo de ser él reconocido; no de reconocer a alguien más.) Ésta es la clave de los textos freudianos sobre el masoquismo, comentando por "Pegan a un niño". Es también la clave de la clínica de la vida y de la historia. Con el concepto de goce (contrapuesto al de deseo) la lucha a muerte entre el amo y el esclavo (en todas sus variantes y versiones) encuentra su fundamento.

"Si me castigan es porque mi deseo existe y no se ha desvanecido en el deseo del Otro. En el castigo recupero mi goce al precio de alienarlo en la relación de oposición con el Otro". El goce se hace posible a la vez que se aplica por esta intervención del Otro que es recibida como una salvación con respecto al Otro goce, éste sí no dialéctico, que es el goce terrorífico y desenfrenado del Uno sin la intervención diferencial del Otro. El flagelo es un significante que llama a la existencia, a transitar por una relación dialéctica y contrapuesta de los goces que se articula con la relación dialéctica del deseo pero que no se confunde con ella, con sus "acuerdos" y con sus pactos simbólicos. Hay que recordar una vez más las frases de Hegel que fueron citadas al comienzo de este capítulo para advertir que, en la concepción jurídica del goce, éste es particular, a diferencia del deseo, que es universal. Y también que, evocando al Lacan del breve artículo dedicado al *Tribal* de Freud, el deseo viene del Otro mientras que el goce está del lado de la Cosa, del lado del Uno. De acuerdo. Pero ello no excluye al goce del plano de la dialéctica, pues el goce del Uno sólo puede alcanzarse arrancándolo del goce del Otro y preservándolo de sus embates. El goce procurado por los azotes que provienen del Otro, del destino o de Dios es una marca que rubrica este deseo-no-deseo del Otro. Una manera de forzarlo a reconocer que uno existe.

Cozar es usufructuar de algo. Esa "fructión en el uso" es el despojo de alguien que no dispone del mismo derecho de usufructo. El cuerpo es el bien primero y es, a la vez, un campo de batalla entre el

¿Puedo es campo batalla
antes goce del uno y — De quien es
el goce del otro
el cuerpo?

gocce del Uno y el goce del Otro. ¿A quién pertenece el cuerpo? ¿Es él mi esclavo y puedo disponer de él o, por lo contrario, soy yo el esclavo del Otro que puede disponer de mí y de ese cuerpo que yo, fantasmáticamente, en mi condición de testafiero, creo que "tengo"? ¿Qué pasa con el Otro, qué hoyo excavo en él si yo a este cuerpo lo condeno a muerte (suicidio de separación) o lo mortifico con drogas que lo anestesian y lo privan de responder a sus demandas?

No. El goce está del lado de la Cosa, como decía Lacan con precisión (*op. cit.*), pero la Cosa no se alcanza sino es apartándose de la cadena significante y, por lo tanto, reconociendo una cierta relación con ella. Nadie lo ilustra mejor que el suicida pero también se comprueba lo mismo en los a-dictos, en los psicóticos, en los escritores para quienes la pluma representa un modo de escapar a los vínculos del discurso. Formas todas de la adicción se abordan en el capítulo 7.

El placer está del lado del acto reflejo. Es lo que lleva a la pata de la rana a contraerse cuando se le aplica una corriente eléctrica. Jamás podrá esa reacción crear un objeto. Los hablantes inscriben sus trabajos, sus discursos, en el tiempo. Viven matándose y dejando el testimonio de su padecer, de su parecer, de su pararse. La sustancia verdadera de la pulsión de muerte está del lado del goce, del dolor, de la hazaña.

La muerte, psicoanalítica, no es la pretendida inercia de una naturalidad inanimada sino este registro donde se inscribe la pasión imponible de una subjetividad a través de sus tri(e)bulaciones, de sus derivas, de sus luchas antieconómicas que vulneran el principio del placer. Por ello se justifican los sarcasmos que Lacan dirige a Freud cuando éste habla de las virtudes unitivas de Eros y cuando sostiene la idea de la vida, de la vida humana, como orientada a la creación de unidades superiores y cada vez más vastas. No es necesario evocar la fisión nuclear para comprender que Freud — allí — no es congruente ni siquiera consigo mismo y que toda su reflexión sobre la historia de la humanidad en *El malestar en la cultura* pone de manifiesto esta omnipresencia de la pulsión de muerte como sustrato último de toda acción humana en lo individual y en lo colectivo.

La meta de la pulsión no es el aplacamiento, la satisfacción (*Be-friedigung*, *Fried* = paz), sino la falla que relanza el movimiento pul-

¿Quién es el sujeto?
¿Quién es el objeto?
¿Quién es el Otro?
¿Quién es el Uno?
¿Quién es el Otro?
¿Quién es el Otro?
¿Quién es el Otro?
¿Quién es el Otro?

ALTA PULSION → No SATISFAY

O NO FALLA QUE RELINCE
MOMENTO PULSIONAL

sional, incansablemente, siempre hacia adelante. Nuestra historia, la de cada uno, es la historia de los modos de fallar el objeto imposible; un resultado de la no existencia de la relación sexual. Esto vale también para la historia de la cultura, de la organización de los modos de afrontar esa inexistencia.

El sujeto tiene una sub-stancia que es goce. La primera teoría freudiana del psiquismo proponía un sujeto gobernado por el principio del placer en quien la sexualidad era una impureza y una tensión aportada por la seducción del Otro, el adulto perverso. La segunda teoría muestra el incremento de las excitaciones como algo que se origina en el interior (es la idea misma de pulsión de muerte), que adhiere a fantasmas y que requiere del Otro para que se integre dialécticamente de un modo que está especificado en el guión del fantasma, en el aparato del goce.

El comentario y la reescritura de la obra completa de Freud a la luz del goce es posible y hasta necesaria pues permite renovar lo que Freud dijo. Estamos ahora en condiciones de reformular la historia del psicoanálisis a la luz de los vuelcos que ha sufrido y ubicar cuatro (o cinco) puntos esenciales. El primero es el descubrimiento del inconsciente y sus procesos de composición, con el proyecto freudiano de hacerlo andar por los caminos del principio de placer (1895-1915). El segundo es el momento en que Freud trasciende el naturalismo originario y arroja la teoría escandalosa de la pulsión de muerte (1920-1930). Este punto, se sabe, no fue aceptado por el movimiento psicoanalítico oficial que prefirió inclinarse por un reflujo del pensar y el obrar psicoanalíticos en función de objetivos homeostáticos. Contra ese reflujo se irguió el "retorno a Freud" lacaniano (1953-1958) que se concentró en torno de lo evidente pero a la vez desconocido, incluso por Freud, de que "el inconsciente está estructurado como un lenguaje", tercer momento crucial de la historia del psicoanálisis, que abrió la posibilidad de ese cuarto giro (a partir de 1958) que es aquel en el que nos incluímos los analistas posteriores a Lacan. La tesis central es que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, sí, pero depende, como tal, del goce; es una procesadora del goce por medio del aparato lenguaje que transmuta el goce en discurso.

Es evidente que a cada uno de estos cuatro momentos (o cinco, si incluímos como uno más el tiempo de reflujo que se produce entre el segundo y el tercero [1938-1953]) corresponde una modalidad diferente de concebir el psicoanálisis, su práctica, el lugar del psicoanalista y el proceso de su formación. En síntesis, que el goce permite y obliga a reescribir y a rehacer el psicoanálisis.

REFERENCIAS

- 1 Aun en la última edición del DRAE (2001) se sigue diciendo que es vocablo *malonente*, si bien se ha eliminado el adverbio *muuy*. Hay una cierta actualización, ¿verdad?
- 2 En la edición de 2001 "fornicar" se convirtió en "practicar el coito" (!).
- 3 G. W. F. Hegel, *Prolegomena a la filosofía*, UNAM, México, 1984, pp. 59-62.
- 4 J. Lacan [1958], *Le Séminaire. Livre V. Les formations de l'inconscient*, París, Seuil, 1998, pp. 251-252.
- 5 J. Lacan [1966], *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial, 1985, pp. 86-99. La cita es de la página 92.
- 6 G. Gangulhem, *Lo normal y lo patológico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- 7 J. Clavreul, *Le livre médical*, París, Seuil, 1979.
- 8 S. Freud [1896], vol. I, pp. 339-436.
- 9 S. Freud [1900], vol. IV, p. 1.
- 10 J. Lacan, *Le Séminaire. Livre XXI. Les non-dupes errent*. Clase del 19 de febrero de 1974. Inédito.
- 11 J. Lacan [1959], *Id.*, *Livre VII. L'éthique dans la psychanalyse*, París, Seuil, 1986, p. 167.
- 12 Lacan [1967], *Reseñas de enseñanza*. Buenos Aires, Manantial, 1984, p. 45. *Omnican?* (29), 1984, pp. 13-18.
- 13 Lacan [1970], "Radiophonie", *Autres écrits*. París, Seuil, 2001, pp. 403-448.
- 14 Lacan [1973], *Le Séminaire. Livre XX. Encore*, París, Seuil, 1975, p. 49.
- 15 Freud [1900], vol. V, p. 519.
- 16 Freud [1901], vol. VI.
- 17 Freud [1905], vol. VIII.
- 18 Freud [1905], vol. VIII.
- 19 Lacan [1960], *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 821 [*Escritos II*, México, Siglo XXI, 1984, p. 801].
- 20 Freud [1923], vol. XIX, pp. 145-150.
- 21 Freud [1927], vol. XXI, pp. 147-152.
- 22 Freud [1910, 1912 y 1918], vol. XI, pp. 155-204.
- 23 Freud [1914], vol. XI, pp. 65-98.
- 24 Freud [1914], vol. XIV, p. 88.
- 25 Freud [1905], vol. VII, p. 193.
- 26 Freud [1896], Vol. I, *loc. cit.*

- ²⁷ Freud [1896], vol. I, pp. 362-363.
- ²⁸ *Ibidem*, *ibidem* p. 364.
- ²⁹ *Ibidem*, *ibidem* p. 373.
- ³⁰ *Ibidem*, *ibidem* p. 376.
- ³¹ Lacan [1964], *É.*, p. 853; en español, II, p. 832.
- ³² Freud [1896], *Ibid.*, p. 414.
- ³³ *Ibidem*, *ibidem* pp. 414-415.
- ³⁴ Lacan, S. VII, 27 de enero de 1960, p. 142.
- ³⁵ J. Derrida, *La diseminación*, Madrid, Fundamentos, 1975, pp. 192-262.
- ³⁶ Lacan [1970], "Radiophonie", *A. É.*, p. 420.
- ³⁷ Lacan, S. XVIII, 2 de junio de 1971.
- ³⁸ Lacan [1958], "La signification du phallus", *É.*, pp. 685-696; en español, II, p. 665-675.
- ³⁹ N. A. Braunstein, "El psicoanálisis y la guerra", *Por el camino de Freud*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 28-40.
- ⁴⁰ Freud [1917], vol. XI, pp. 189-204.
- ⁴¹ Freud [1917], vol. XVII, pp. 117-122.
- ⁴² Freud [1920], vol. XVIII, pp. 7-62.
- ⁴³ Freud [1919], vol. XVII, pp. 219-252.
- ⁴⁴ Freud [1919], vol. XVII, pp. 175-200.
- ⁴⁵ M. Gerez, *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Manantial, 1993. Se encuentra en ese libro una reseña minuciosa del proceso que lleva a Freud a elaborar el concepto de superyó para dar cuenta de la clínica psicoanalítica en su conjunto. Igualmente imprecisante es el trabajo acerca del superyó en los escritos y seminarios de Lacan. Se insistirá en esta referencia en el capítulo 8 de esta obra.
- ⁴⁶ N. A. Braunstein, "Mi papá me pega (me ama)", *Freudiano y lacaniano*, Buenos Aires, Manantial, 1994, pp. 151-172.
- ⁴⁷ Freud [1919], "Pegan a un niño", *loc. cit.*, vol. XVII.
- ⁴⁸ N. A. Braunstein, *Ibid.*
- ⁴⁹ Lacan, S. V, p. 247.
- ⁵⁰ Freud [1915-1917], vol. XIV, pp. 105-256.
- ⁵¹ Miller, Seminario *L'extimité*. Inédito.
- ⁵² Miller, *Reconstruido de Lacan*, Buenos Aires, Manantial, 1986, pp. 149-160.
- ⁵³ J. Lacan [1967], S. XIV, *La logique du fantasma*. Inédito.
- ⁵⁴ J. Lacan "Du Trieb de Freud et du désir de l'analyse", *Écrits*, *op. cit.*, pp. 851-854 [*Escritos II, op. cit.*, pp. 830-833.]

9. LOS GOCES DISTINGUIDOS

1. ENTRE GOCE Y LENGUAJE

Todo sujeto está y es llamado a ser. Esta convocación no podría proceder desde adentro, desde alguna fuerza interior que residiera en él o ella, de una necesidad biológica que lo impulsara a desarrollarse. La invocación es subjetivante, hace sujeto. A él se le demanda que hable asumiendo el nombre que el Otro le diera. Tiene que hablar, decir quién es, identificarse. El Otro requiere su palabra: si el lenguaje mata a la cosa al reemplazarla y hacerla ausente, la palabra debe representarla y ella ordena, necesariamente, el reconocimiento de este Otro del lenguaje, el que confiere la vida apartando de ella, mortificando. El sujeto adviene, alcanza así su existencia... pero la debe. El Otro le indica de mil modos que la vida que recibió no es gratuita, que hay que pagar por ella.

Mas, ¿con qué moneda podría pagar el *infans*, el sujeto anterior a la función de la palabra, el precio de su existencia? Pagar quiere decir que se acepta la deuda y el pago es una renuncia. Cada moneda entregada, cualquiera sea su naturaleza, es una renuncia al goce, cada vez que se la ha dado ella no puede volver a ser usada. La compra de un nuevo objeto o de una nueva prestación obliga a dar una nueva moneda; la pérdida es irremisible. Y para vivir hay que pagar, despedirse con renuencia del goce. Es más, la clínica muestra los efectos devastadores que se producen en aquellos a quienes la existencia les es dada gratuitamente, los que no tropiezan con un Otro que sea demandante en un sistema de equivalencias, los que reciben antes de pedir, fuera del régimen de intercambios, cuando la satisfacción anticipada de las demandas aplasta la posibilidad misma del deseo.

"El toma y daca de leche y caca"¹ del que hablé en otra ocasión manda que la vida se desenvuelva en un mercado del goce donde